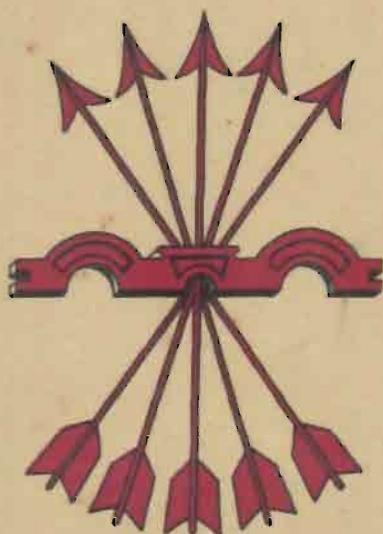


ARDIENTE VOZ DE GVERRA



FRANCISCO JAVIER CENTVRION
EDICIONES DE FET Y DE LA JONS.
SANTA CRVZ DE TENERIFE



ARDIENTE VOZ DE GUERRA

86-1 (46.851)

FRANCISCO JAVIER CENTURIÓN

ARDIENTE VOZ DE GUERRA



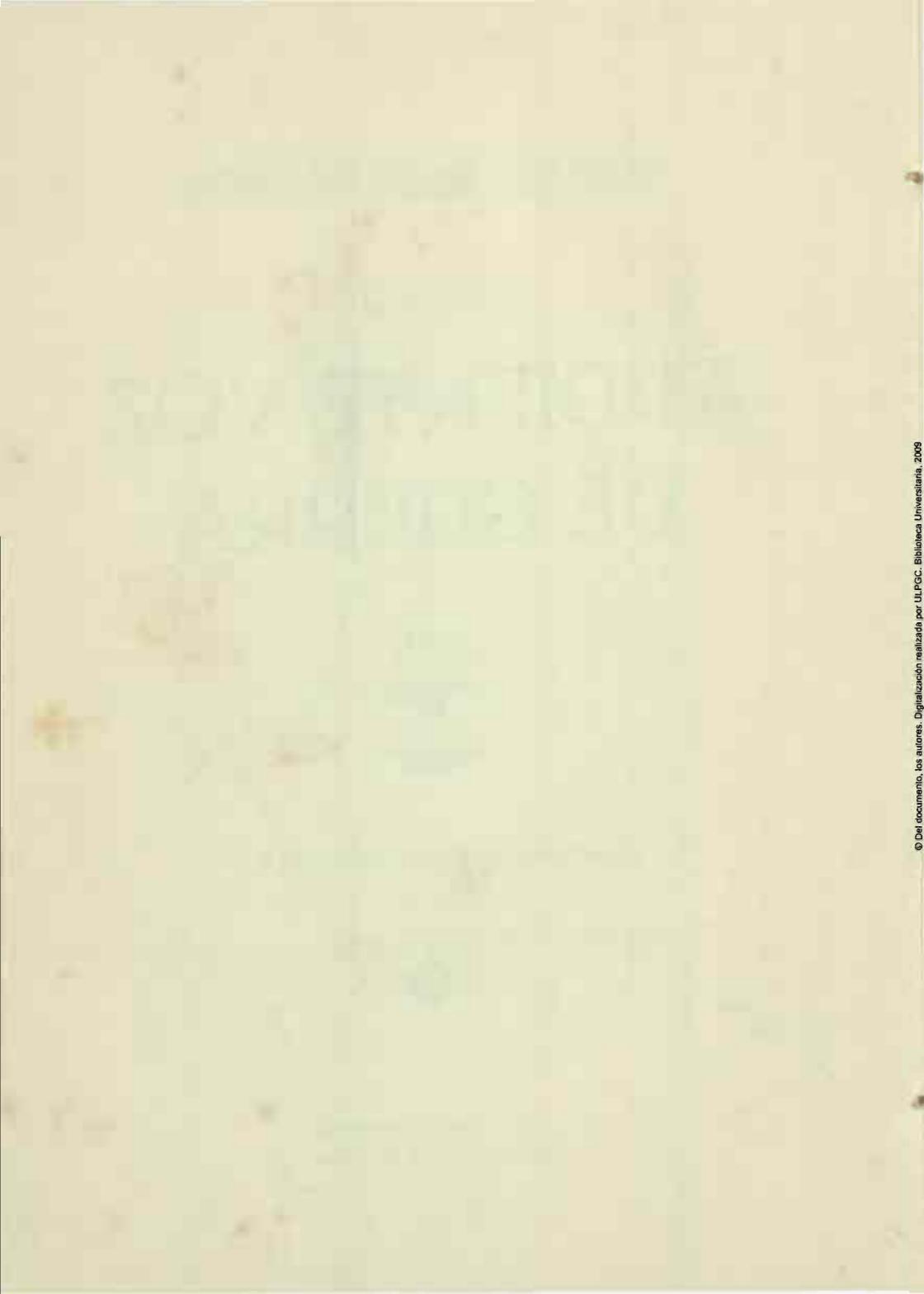
EDICIONES DE P.E.T. Y DE LA J.O.N.S.



Imp. y Lito. A. ROMERO
Santa Cruz de Tenerife.

R. 16044.

6604 073707





Nota biográfica

Francisco Javier Centurión nace en Los Sauces, Isla de la Palma, el 18 de Octubre de 1916. Aun no tenía cumplidos los diez años ingresa en el Seminario de La Laguna, haciendo varios cursos.

Abandona los estudios teológicos, se hace bachiller y en la Universidad de San Fernando tiene aprobados dos años de la Facultad de Derecho cuando comienza la Revolución Nacional.

Camisa vieja de la Falange, el 18 de julio se presenta voluntario en la Batería de Montaña de La Laguna. Como corresponsal de guerra es enviado al frente de Madrid y allí se alista voluntario en la Sexta Bandera del Tercio, siendo herido en el Jarama en Febrero de 1937. Con su unidad, que es laureada con la Cruz de San Fernando, toma parte en la defensa de Toledo.

En dicha ciudad hace los cursos de Alférez provisional de Infantería y al concluirlos es destinado a las Milicias de Falange de Tenerife con las que de nuevo marcha al frente de Madrid. Le aburre la vida de trincheras, haciéndole exclamar: ¡Cuando se nos llevará a un frente en que podamos morir en la gloria soberbia de un avancel!

Solicita ser destinado a Tiradores de Ifni y en el Alto Cinca, avanzando como lo pidiera, dió su vida en 13 de Junio de 1938.

Al hacer esta edición de su labor literaria la hemos agrupado en dos partes. En la primera recogemos tres artículos de los que publicó antes del 18 de Julio y en la segunda los trabajos posteriores a dicha fecha, procurando guardar su orden cronológico.

Al aire de tu vuelo.

Te veo, Paco, del otro lado de la mesa. Estás ahí mirándome escribir esta nota sobre tu gloriosa muerte. Sonries. Tú siempre, en rigor, has sonreído con la misma sonrisa menuda, acusada en el pliegue del labio superior ligeramente partido, sonrisa cargada levemente de ironía y de juego, bajo la sombra del ligero bigotillo.

«Ya ves, parece decirme, cómo he muerto». Ibas hacia la muerte como las flores hacia la luz, te volvías de su lado tal el amante del costado de la amada. Ella se miraba—ya—en tus ojos y ni ardores ni heladas, ni aguas ni fuegos, cedían en fatiga para detenerte. Sordo a la voz de los puertos, pedías que se retirasen seguridades, pues que como el místico podías decir «que voy de vuelo».

Ibas de vuelo el 18 de Julio, en las limpias galerías y junto a los finos cañones grises de la Batería de Montaña de La Laguna; ibas de vuelo en la Sexta Bandera, junto al Tajo de arenas de oro, defendiendo con ardor legionario a Toledo y abriendo tu brazo a la metralla enemiga y a la Cruz Laureada de San Fernando; ibas de vuelo cercando con tus falangistas la Madrid sangrante en su Universidad, en otros tiempos alcázar de tus sueños de ciencia y poesía; ibas de vuelo, finalmente, el 13 de Junio de tu muerte, cuando Alférez provisional de los legendarios Tiradores de Ifni, dejaste escapar la paloma de tu vida con un mensaje que todos hemos recibido con lágrimas y devoción sobrecogedora.

«Ya ves, he entendido oírte, cómo he muerto». Nos ha espantado a todos tu muerte que no acertábamos a ver debajo de tu sonrisa. Tan generosa era y tales participaciones daba en una felicidad entrevista que nadie sospechaba que tus rosas brotasen de un tallo amargo. Tu hogar, que me trae lágrimas de emoción a los ojos por una modestia tan bella; la seriedad de tus clases de adolescente para adultos; la graciosa y romántica formali-

dad de la novia; todo, en suma, era en tí conmovedor por la elegancia de una independencia natural y alegre. Pero, ¡qué más daba!

La isla nos era maravillosamente hermosa. Se envolvía, además, como una dama en las ricas y delgadas sedas del crepúsculo. En su regazo un poeta puede abandonar la cabeza y dormir un sueño de belleza. Por encima de todo, pájaros y cielos, brisas y luna, nubes y estrellas nos llevaban los unos, en su fugacidad, a reinos de imaginación o nos fijaban los otros, en su permanencia, a una quietud contemplativa.

Dejábamos que las estrellas nos bajasen a las manos y no cerrábamos los ojos, por pereza, si los besaba la Luna. Una inefable melodía ceñía sus rosas a la voluntad mejor dispuesta y la enervaba. En realidad, la voluntad se echaba dentro de nosotros mismos como una muchacha sobre el césped, con los senos sueltos y los brazos tendidos. Tú, sin embargo, no cedías a la voz del misterio: cantabas y corrías a todo; tan bien dispuesto como eras, asistías al espectáculo como un sonriente paje de la Poesía.

Huían los días así cuando las espigas se volvieron lanzas y las rosas, banderas. La guerra se nos descubrió como una alondra en el campo y a buscarla fueron el labrador que dormía en un surco, bajo las estrellas y junto a la vid de los pintados racimos y el estudiante que llevaba aún en los labios los últimos versos aprendidos de memoria y, en el pensamiento, un horizonte constelado de hermosos luceros de libertad. Y el paje de Venus fué Cadete de Marte.

Después... ya lo sabéis, amigos.

Un día Lérida, abatidos los fuegos de sus castillos, me ofreció el secreto de los muertos, con paz, en la guerra. Me lo descubría desde los labios entreabiertos de un miliciano de bruces, entre tantos, abandonado en la calle. Las rosas comenzaban a desahogarse del sofoco de la pólvora. Después del estruendo, los ruidos urbanos se sentían tímidos en la ausencia de las tupidas explosiones que habían levantado el vuelo, como una bandada de pájaros, hacia otros campos. El miliciano difunto afilaba su rostro magro en una barba rala y negra. Sus ojos miraban, opacamente, al misterio.

Su piel de nardo tostado denunciaba el sol de los abrojos, la luz cegadora de los trigales y el rayo que hace grata la sombra de los olivos. Sobre el pecho, la flecha morena de las duras jornadas al aire libre. Era, en la guerra, un muerto más. Y, sin embargo, aquel hombre era español, como

nosotros, y castellana era la palabra que en la impenetrable soledad de su trágico azar no llegó a despegarse del lirio húmedo y grueso de su lengua.

Murió el miliciano gallardamente, como un español, acaso. Cayó, tal vez, ignorando, como hombre, la razón misma de su sacrificio, aconteciéndole sin conocer la gloria del guerrero, ni escuchar esa voz inefable que le grita a los muertos en campaña: «Así, así te quiero.» Y esta me pareció la más cruel de las tragedias, la de esos muertos cuyos ángeles custodios se cubren los ojos con la mano al tiempo que aquellos expitan.

Una piedra profunda despiertan estos muertos en tristeza que no sonrien y que doblan la página fundamental de su vida sin saber qué se contiene al dorso. Estos muertos que no han podido pensar, con nuestros confesores de la fe, que para el cielo no hay héroes anónimos. Y que no han podido sonreír a esas manos de la muerte blanca que cierra los ojos de los muertos en el campo con la suavidad que la luna se pliega sobre el agua, porque para ellos la muerte ha sido un dolor conscientemente inútil y les trae en cada dedo una yema de duda y desesperación.

El sanmiguelismo y la afirmación triunfal de Paco orean su muerte y detienen el aire de su vuelo en sus palabras de juglar que se pierde bajo una altísima arboleda y prende los lances de la vida con versos y con versos provoca a la vida y a la muerte y a las sublimes cosas. Su musa, como Ofe-
lia, cogiendo flores y cantando, pasa: Su musa que no se había hasta ahora mirado al espejo de un libro, hasta que sus amigos la han detenido cuando iba a perderse, ¿en el olvido?, con el juglar amado.

«No me dejéis pasar, mandad que cante»,
musita el «Trovador» de papá Zorrilla, personaje de la melancólica historia del poeta pobre coronado por la Reina: No me dejéis pasar. Oídos, más oídos pide el Trovador. Un libro supone la posibilidad de escucha del mundo actual y del porvenir inatrapable. El libro de Paco, que sus amigos le editan, le detiene y le pide que cante. El bisbeo del aire que mueven sus páginas es el de unos labios que ya no dejarán de cantar para el mundo. Mientras tanto él, el Paco real, se nos ha ido tan lejos que le miramos con el desconsuelo—con la magua, pues hablamos para isleños—del niño de cuyas manos ha huido una paloma.

Esto significa el ofrecimiento al público de los recuerdos literarios de nuestro amigo, del que hablaríamos más largo por el sólo consuelo de nom-

brarle. A una distancia tal como la que me separa de sus editores, no puede ser este el prólogo a un volumen que desconozco en su conjunto, siéndome tan familiar en sus partes. Libro, como todos los póstumos, que tiene mucho de esas coronas con cintas que se abandonan sobre los ataúdes. Sobre las letras de oro que des gobiernan el luto de la seda, alguien, como en esas imborrables escenas familiares que hemos presenciado todos, ha bien empujado dentro de la mortaja la tierna siempreviva de su recuerdo; alguno, también, a distancia, le ha ofrecido al verle pasar el homenaje de sus lágrimas. A un amigo tan caro no cabe despedirle de modo distinto.

«Ya ves, quisiera decirte, cómo lloro.» Porque, en definitiva, lo que hacemos todos tus amigos es llorarte; vengan los que no te han conocido a medir tus obras, para nosotros—¡ay!—tan vivas; lléguense los críticos a tu literatura con ánimo de examen; acudan los demás a tu libro por curiosidad o simpatía hacia el héroe; para nosotros este pequeño volumen es conmovedor como una de esas cartas que no conocen el olvido, donde detrás de la palabra última nos volvemos como el girasol hacia la luz que nos rige y nos quedamos tal como hemos permanecido al evocarte, recogidos en la paz de tu sonrisa inalterable que nos baña la frente con su fresca aurora.

Tanto cambio pone el tiempo en las cosas que la mucha mudanza en ellas trasciende a tiempo. Las horas se han calzado aladas botas. Todo corre al compás de la guerra menos esta puesta de sol que se mueve con la eterna lentitud de los ocasos. Una luna fina y delgada como un pez de oro salta de una cascada de rosas sobre el horizonte. La brisa trae las alas mojadadas en el río y me refresca las sienas. Fuera,

La música callada,

La soledad sonora,

de San Juan. Ya tú eres música callada y soledad sonora, también. No sé dónde me lleva el rumor de la corriente del río que no me conduce a pensamiento alguno: Tu memoria me venda los ojos como las dulces espumas que ciñen la gimiente caña; y, en torno nuestro, el vago roce de la eternidad que pasa, jugando con los brisas, las aguas y las nubes.

Andrés de Lorenzo-Cáceres

El Ebro, Julio de 1938.

1.

La indiferencia.

Podemos afirmar sin hipérbole, que la inmensa mayoría de los hombres es indiferente, esto es, que no milita en uno u otro bando, que no tiene opiniones religiosas, políticas o sociales, cuyas creencias son circunstanciales o nacidas del momento histórico.

Su tipo es la llamada «masa neutra», la que decide empujada por el genio avasallador y casi hipnótico de un hombre superior el rumbo histórico de un período, de una época, de una Nación, de un pueblo; es aquella que coloca sobre la balanza de la política nacional la espada victoriosa de Breno haciendo que su peso aplaste a un partido, a una opinión, a un hombre, y escribiendo, a veces, con la sangre de los vencidos esta fórmula bárbara y salvaje, consagración del derecho de la fuerza y negación del más elemental y humano derecho de gentes: «*Vae victis*», ¡Ay de los vencidos!

La indiferencia es el embotamiento de las facultades, ya intelectuales, ya morales. Porque la indiferencia es la negación de todo acto, puesto que según afirma la escuela filosófica de los Tomistas, no se dan actos indiferentes, «en concreto». Porque a su vez las potencias se especifican por sus actos, y éstos por sus objetos, y todo objeto ha de ser, «a fortiori», bueno o malo. Ahora bien, como todos admiten, la perfección y el complemento de las facultades es el acto. Luego, la indiferencia, que es, como probamos, la negación de todo acto, es, por el mismo hecho, una imperfección de las facultades, tanto especulativas como prácticas.

Hemos negado la existencia de actos indiferentes «en concreto». No así «en abstracto». Por ejemplo: la Iglesia Católica, ser abstracto, propugna y preconiza, considerada como corporación de derecho público, la indiferencia, tanto objetiva, como subjetiva, de las formas de gobierno, pero los

individuos, «en concreto», y por la razón que antes aducíamos, tienen que decidirse, al menos en su fuero interno, por uno u otro régimen gubernamental.

La indiferencia religiosa sería la negación de todo acto, en relación con una Religión determinada. Sin embargo, podemos preguntar: ¿la indiferencia religiosa tiene cabida en el marco de una realidad viviente? Creemos que no. Y fundamos nuestro aserto en la autoridad y criterio infalibles de Dios. Hojeando, siquiera someramente, el Evangelio, encontramos en sus divinas páginas estas frases: «El que no está conmigo, está contra mí». «El que no recoge conmigo, desparrama». Y así, por el estilo, innumerables. Y el Papa (el Papa ha hablado, luego ha hablado Dios), ha dicho en su Encíclica: «Charitati Christi compulsi», que la honda división de los espíritus que hoy se opera a todas luces en el Mundo, es un efecto de esta sentencia práctica inspirada por el Espíritu Santo, y mera repetición de otras muchas de que está plagada la Sagrada Escritura: «O con Dios, o contra Dios».

Y Aparisi y Guijarro estampó en el papel este áureo y verísimo pensamiento: «La indiferencia religiosa, es el entorpecimiento del alma y extinción de todo sentimiento moral».

Es más: El hombre indiferente en materia de Religión, habría de serlo en todo. Porque lo que autores de tan diversos campos, como Donoso y Proudhon afirman, a saber: que «En el fondo de toda cuestión política existe una cuestión religiosa», podemos extenderlo a todas las esferas de la vida, pues pocos o ningún problema de los que se ofrecen a nuestra consideración deja de tener algún punto de contacto, y más si son problemas, como casi todos los contemporáneos, eminentemente prácticos, con los preceptos de la Religión.

La indiferencia, tal cual nosotros la entendemos, es propia sólo de espíritus apocados e ineptos.

El hombre que pone todas sus miras y todas sus fuerzas en el triunfo de un ideal, aunque éste sea equivocado, merece, si no nuestras simpatías, por lo menos nuestros respetos. El hombre que no lucha, que posee en su interior una quietud comparable a la del agua cenagosa y turbia de un pantano y cuyos ideales caben en el portamonedas del bolsillo, coincide con la bestia en su aspecto más importante, cual es el psicológico. Por eso, y a

pesar de sus extravagancias y paradojas innegables, veneramos como a un maestro, a Unamuno, porque como él afirma, «prefiere a la convicción, la lucha». Y no es porque nosotros pensemos del mismo modo.

Preferir la lucha, con todas sus complicaciones, a la convicción que reconozca como fundamentos básicos las conquistas de la razón en amigable e íntimo consorcio con las verdades dictadas por el criterio infalible de Dios, es de espíritus, o poco humildes o avezados a triunfar después de una fuerte y ruda oposición. Nosotros, por nuestra parte, preferimos la convicción a la lucha.

«Que presumir de fuerzas
fortunas ocasiona».

La Laguna de Tenerife, julio de 1932.

Afán de España.

Preguntaron cierta vez a un eximio poeta que distraía llorando sus ocios la causa de su llanto, y él respondía invariablemente: «Siento el dolor de la poesía»...

También a una pregunta de anhelo colectivo, contestó o quiso contestar Gabriel Maura en su libro titulado «Dolor de España». Mas yo, franqueza obliga, ni siento, ni debo, ni quiero sentir el dolor de España; me parece eso un absurdo como, bañados en el surtidor solar, sentir el dolor, que es ausencia, de la luz...

Yo no siento el dolor de España. Mi patria no quiere lágrimas, desea hombría, y hombría es afán y el afán es decisión.

Escribía no ha mucho en «El Siglo Futuro» la gran mujer María Rosa U. Pastor: «Al Dueso deben ir, tienen que ir los hombres, pero... no a llorar».

Conforme en la supresión del llanto; mas, permitidme, admirada correccionaria, que yo os diga que no es necesario ir al Dueso. Con caminar un trecho la sangrienta hondonada del propio sentimiento de España, ya es bastante para sentirse hombres y, por tanto, afanosos y decisivos de España.

Lo que ocurre es que no todos—la totalidad negando en la partícula casi—se atreven a afrontar la audacia de dejar sus vestidos de comodidad y arrellenamiento en despojos, cúpulas en la zarza... No se quiere caminar por querer la vía dolorosa y habrá que subir a la fuerza la cuesta pedregosa del Calvario...

Un poco de voluntad y otro poco de comprensión intelectual y la hombría vendrá con su cortejo de afán y decisión. Y esta decisión (de «decidere», latino cortar), será una sección pacífica o violenta—contra la tiranía el doble medio es aceptable—que expulsará el veneno del pus y tornará la vida a la nación.

Repito que no siento el dolor de España. Acaso porque la juventud no es madre de gemidos y todo lo arregla a «grito pelado». Pero, aun en este punto, el gritar, si no es racional, es viril, y el gemir, si a yeces es racional, es femenino.

Por eso, la juventud—plenitud del ser joven—no llora, no gime, sino hace, obra, se afana y decide, que equivale a cortar...

No hay que ir a la Meca del españolismo, que escribiera Joaquín del Moral, para sentir la voluntad del hombre. Sin mutaciones de tiempo ni espacio la juventud española—los viejos y los nuevos—debe decidirse a cortar. No en vano la voluntad es una potencia espiritual que no depende del lugar ni del número.

¿Dolor de España? No seamos mujeres. ¿Afán de España? Sí. ¡Seamos hombres!

Tenerife, Septiembre de 1933.

Loa de la alegre valentía.

Triste valor: Mengua de la fe, y por ende, de la vida. Cielo sin virtud. Premio sin pasión ni ardimento.

Organicemos, viendo, oyendo, oliendo, gustando y tocando la alegría de nuestro propio valor. Construyamos el regocijo plenísimo de nuestra valentía, nuestra no tan sólo por el principio que alegremente la engendra, más también por su fin, que es de nosotros y por nosotros—¿quién sabe si no para nosotros?—será hecho.

— Lucha y combate sin risa, es dolor y angustia sin llanto. Honda lucha y dolor hondo, pero sin ruta ejemplar, sin caminos-espejos, sin firmes andares, con dubitantes ajenos seguimientos, sin aguas, con la clara posibilidad de vernos yo, tú, él, nosotros, vosotros, ellos... ¡Sin estrellas vestales de la hoguera y el diálogo!

Y, en voz redonda: Para orear esa pugna no había menester de razones y talentos y suficiente era, y aún puede que sobrara, la partícula íntima que todos tenemos de eso que la gente ha dado en llamar sentido común, queriendo atribuir a los llamados lo que es sola pertenencia de los escogidos.

Yo—¿es falta, pecado o delito?—no puedo hacer la sombra—hipocresía—ni aún proyectar una tenue penumbra—recato—en mi anhelo de guerra. Pero de guerra alegre, con ímpetu risueño y cantarino de campanas, con un tomar las armas, en la certeza más o menos absoluta de que sólo su vista cumplirá en el enemigo el papel de su función.

Me place la guerra en una visión de tambores aquejados de crónica ronquera gloriosa, de desfiles de muchachos puertiles y barbados que «marchan conforme a ordenanza y sujeción». Pero todos son recios, duros y

velludos, por la férrea unidad del uniforme y por su misma fortaleza interior. Me place la guerra, cuando es afán por la fiesta divina y humana nacional, regional, provincial, municipal, ciudadana y agraria de España.

Ya estamos aquí. En España. «O España se rehace... o se deshace», ha escrito Teófilo Ortega. Sin embargo, él, que la sabía, no dijo la fórmula auténticamente, etimológicamente reaccionaria. Yo, más osado, la voy a decir: «O España se rehace, vuelve a hacer con mohines alegres su unidad religiosa, política, territorial y de destino histórico...o España se deshace, dimitiendo con tristeza imponente su maternidad latina, imperial y trasatlántica y constituyéndose en abominable y esclava entenada del Cáucaso».

¿Quién habló de ponerle siete llaves al sepulcro de Mio Cid, vino de juglares, pan de patriotas? ¡Abramos su fosa, escarbemos y busquemos en ella y allí, pensemos y estrujemos la tragedia—contante trágica, y línea y color cómicos y anecdóticos—del actual empequeñecimiento español!

No bebamos las aguas putrefactas de la paciencia y la resignación y sostengamos una sed inexhausta e insaciable de claridad que sólo paren luces en la altura.

Cuando, el hierro quebrado, sudoroso el rostro y sangrantes los pies, lleguemos a la tierra española prometida por la inexperiencia antipolítica y la imprudencia saturada de mieles heroicas de las juventudes nacionales que florecen en clamores y estruendos, aturdiendo y apagando caritativamente los silbos gangrenosos de la sierpe política, y a rudos sacrificios y a labores rudas unifican la Historia y su tiempo, en ese entonces radiante y ya entrevisto, se hará con «fechos e cavallerías», como se lee en el Poema de Fernán-González, la loa del alegre valor.

Tenerife, Octubre de 1934.

2.



Camaradas de la Falange.

Se ha hecho un movimiento que es a la vez de insurrección y de resurrección. Pero —no lo olvidéis— también entra en su definición la novedad. Nos hemos levantado contra la España que olía a podrido: contra el capitalismo que ceñía sobre el cuello de la Patria su argolla agotadora con un letrero de cártels y trusts internacionales, que, bajo el pretexto de la libertad de contratación del trabajo condenaba al obrero a unos turnos, estaciones de miseria y de hambre; es decir: que el movimiento no ha sido sólo contra Largo Caballero—el bufo generalísimo del fajín ahora, y del avión después—. Precisamente, porque este movimiento es una insurrección totalitaria—porque afirma todo lo bueno y niega todo lo malo—es por lo que Falange, aquel día 18 de Julio—día a secas, sin adjetivos; el Día—unió su vigor de guardia y de milicia al deber nacional de aquella hora. Porque es ésta una insurrección contra el capitalismo antiespañol y anticristiano, porque es la rebeldía contra el deshonor, la indisciplina y el crimen gobernantes, porque es el movimiento de la unidad política, social y territorial de España, porque es una revolución nacional, Falange Española llamó a sus milicianos, desplegó sus banderas sobre el viento y una camisa azul prendida en el aire cantó a los españoles el himno de la guerra por la libertad y la independencia de la Patria.

Queremos y haremos una resurrección luego de esta circunstancial insurrección. Retornaremos a lo digno y español de antes: al Imperio con lumbre de soles eternos, a la honra nacional sostenida a vida y a muerte, a toda la forma de una tradición a la que debe irse, en decir del joven alemán Landsberg, en barcos nuevos. «Hay antigüedades que parecen eternamente jóvenes y modernidades que nacen decrepitas», ha dicho el Rector de

Salamanca, loco cabal y entero por esta España nueva que él quería y presentía. Esas antigüedades eternamente jóvenes las haremos nosotros actuales. Pero, además, haremos novedades. O por lo menos, renovaremos cosas viejas. Y es que nuestro Imperio, el Imperio que quiere la Falange tiene una profunda y estricta dimensión social. Y esa es la novedad antiliberal, antidemocrática, antimarxista antiizquierdista y antiderechista. El liberalismo y la democracia concedieron al obrero una irónica libertad absoluta y una absoluta libertad de perecer por hambre. El marxismo hace a los marxistas hombres sin Patria sin amor, sin alcance de ánimo. Las izquierdas burguesas son pesadas y nunca caminan por sus pies: son verdaderamente antinacionales. Las derechas son antisociales.

La Falange—antipartido, nacionalismo y justicia social—va contra todo eso. Por eso nosotros hemos clavado sobre este movimiento militar, nacionalista, antimarxista y antipartidista nuestro haz de flechas para que nunca pueda olvidarse el carácter genuino y entero de esta Revolución que se está haciendo para todos los españoles y, claro está, incluso—y sobre todo—para esas masas ingenuas de trabajadores que ahora nos combaten y que, cuando les lleguen por los vericuetos y las sendas del alma los gritos magníficos del Nacionalsindicalismo, romperán sus absurdas camisas rojas—tejidas con la desolación y la injusticia rusas—y vestirán nuestra española camisa azul con la alegre naturalidad con que uno se quita una tela vieja y se pone, risueño y satisfecho, una nueva y gustosa indumentaria.

Sobre el haz apretado de estudiantes, obreros y pequeños burgueses crecerá esta Patria que ahora empieza a nacer. Una bandera roja y negra con un haz en el centro señalará el camino. Un brazo tenso acogerá con amor de espera de profecía y de mañana a todo lo español y a todos los españoles. Y entonces, sobre las ruinas de la España que fué, se erguirán las juventudes nacionales y gritarán con pronta unidad y exactitud de logro: España ha muerto: ¡Viva España!

¡Arriba España!

Nuevo discurso de las Armas y de las Letras.

Han hecho de nuestras horas iluminadas de sangre un milagro genial, de vidas nuevas: nuestras Universidades, haitas de polilla intelectualista, quietas de tranquilidad burguesa y abrumadas de notas ministeriales, de requisitos burocráticos y de paternales advertencias rectorales, han volcado sobre el instante de la lucha el alegre y decisivo grito de los Estudiantes españoles.

«Universidad e Imperio, clamaba nuestro Matías Montero—¡Presente!—con la muerte en los ojos y un papel arrugado en el bolsillo, cuando se iba en doloroso y desgarrado abandono, al puesto que tenía allí, en las filas—ya numerosas—de la Celeste Guardia. «Libro y Fusil» gritamos hoy, nosotros. Y parece esta voz de ahora—llena, segura, fría, dura—una contestación al grito del mártir que era también una angustiada y última pregunta.

Ahora, Matías Montero, ve, oye goza, incita y aplaude nuestra decisiva respuesta: ¡Por la Universidad y el Imperio, con el libro y el fusil!

No nos cae como nueva y sin proporción esta lucha. Desde nuestros primeros pasos falangistas, gargantas y pistolas gritaban por igual: ¡Arriba España! Sutil y bello dúo: la voz y el estruendo, el deseo y la senda, la doctrina y la acción. Así, cantando y combatiendo, aquellas horas primeras—y en el principio fué siempre la verdad—nos han servido como disposición y entrenamiento. Que, hasta en los trances definitivos—donde cosen peligros las agujas de la vida y de la muerte—cantamos, peleamos, vencemos y morimos con un ritmo clásico de agilidad sencilla con una pura pauta de altísimo deporte. Y no es que la vida, en nuestro ideal, sea una cosa sin consideración esencial y sin mira. Hay quien discurre—por ríos torcidos—que los estudiantes del S. E. U., que hemos puesto sobre el amor del libro el deber del fusil, desperdigamos juventud y vida por mero y ex-

traño placer. Y no es eso, amables señores conservavidas: es que la vida es un valor que nosotros rendimos ante el supremo valor de la Patria. También para nosotros, estudiantes, es un ancho y profundo valor la cultura, y por su incorporación a nuestro conocimiento y a nuestro sentir trabajamos: pero la cultura, la vida son valores y la Patria es el Valor. Y, por esa correspondencia y escala de valores, nosotros ponemos la vida, y hasta la cultura en un rango inferior respecto de la Patria. Y por eso damos a la Patria—para que ella, alta y única, viva—nuestra vida y nuestro afán de cultura. Pero aquí viene el milagro «práctico» de la Patria, que es Madre: porque nosotros la salvamos en su integridad política, social y maternal, ella nos salva en nuestra filialidad y en nuestras ganas de vida y de cultura.

Ya, pues, no es admirable nuestro alegre ofrecimiento de sangre joven y de vida por la Universidad y por el Imperio.

Ya, pues, no es para espantar nuestro grito de «¡Libro y Fusil!»

Con nuestras vidas salvaremos, en la vida de la Patria, la vida de todos los españoles.

Con la Universidad armada salvaremos las maravillosas y doradas bodas de la Universidad y el Imperio.

Con el fusil salvaremos el libro.

Cuando se haga el recuento imposible de las vidas cansadas en la busca larga—secular—e incesante de la Patria perdida cuyas huellas se encuentran ahora por caminos de sangre y de muerte, los estudiantes seremos los más en la lista—¡Presente! a la gloria—de los muertos por la vida española.

Y como aquel Matías Montero de nuestros recuerdos fraternos, nos habremos ido, en un vuelo de gozos ligeros, al puesto que todos tenemos allí.

Y, como él, formaremos en la Guardia de la Falange Eterna.

Y, como él, veremos las falanges escolares persignándose con la señal gloriosa de nuestros nombres magistrales y casi divinos.

Romance a José Antonio.

1

Sombras del estercolero
pisa un caballo con alas.
Sus hondas huellas desprenden
un duro olor de mañanas
y una mano une en las bridas
conciertos azules de albas.
Y va corriendo el caballo
—a la corta y a la larga—
y de sus patas eternas
sale la gloria de España.
Y por que pase el caballo
—a las buenas o a las malas—
todo el monte ya es llanura
y el río se bebe el agua.

2

Te hizo señor de lo joven
un magisterio de balas,
de odios agudos, rencores,
malquerencias frías y largas.
Pero tú diste la vuelta
sobre el lodo de la charca
y el alma joven te ha visto
ángel sin sombra ni mancha,
y todos quieren mirarte
por ver tu cara tan blanca
tan sin colores sectarios,
tan española, tan ancha

que cabe en ella el gran triunfo
virgen y entero de España.

3

Cuando haya un definitivo
despertar en nuestra Patria.
Cuando la camisa azul
sea—sola—la prenda exacta,
tú rezarás, José Antonio,
la oración única y santa:
«Pon, Señor, nuestra bandera
roja y negra—hierro y alma—
sobre el campo y la ciudad,
sobre el valle y la montaña.
Da pan al hombre español
—panes de cuerpo y de alma—
y cántale a nuestras gentes
el sólo cantar de España.
La Falange te dió jóvenes
para tu Divina Guardia,
y es justo, Señor, nos des
una vida y una Patria.
Porque su gloria sea eterna,
te suplicamos que a España
la pongas sobre tu mano
como un ave en una rama.
Y hazla Señor, a tu imagen,
a tu honor y semejanza,
porque, sobre el mundo, sea
como tu segunda cara».

Dulce Canción Ibérica.

¡Portugal! ¡Portugal! Cómo nos suena y resuena la sonora dulzura de tus tres sílabas. Cómo nos llena los ojos, con rebose, la escritura—siempre grata, siempre cordial y amiga— de tus ocho letras.

En el principio de esta nuestra guerra ardiente por la vida española, cuando ya nos punzaban los dardos del fracaso temido, tú, Portugal, tú, Radio Club Portugués nos trajiste por los aires—siempre vino por el aire la buena ilusión—el mensaje colorado de simpatías y alientos.

Y, entonces, gritaron más esquinas de Espeña apertrechadas de fusiles y—ya—de amplia confianza a la voz del alzamiento: ¡Arriba España!

Y, entonces, la ilusión que el mar nos frustró—¡ay! ese mar tenebroso—nos vino, delicada y sutil por el aire y el viento.

Y, entonces, apuntaron mejor nuestras armas. Y todo era músculo, intento y pleno logro.

Y, entonces, todos nos dimos cuenta del bien que tú—¡Portugal! ¡Portugal!—nos habías hecho y con el alma renovada y florida de bellas gratitudes pusimos—por encima de todas las alturas—en el sólo y único mástil de nuestro mejor empuje revolucionario, el guión que será de nuestros mediodías, porque lo ha sido de nuestro amanecer; el guión cimero y triunfal, el guión del pecho nacional incrustado de esperanzas ciertas: Arriba España!

¡Fíjate y atiende—¡Portugal! ¡Portugal!—cómo todo este pliego falangista es un monólogo nuestro dedicado a tu lejana pero sentida y olorosa presencia. Y es que nos gusta más acercarte a nosotros—aunque sea una visión de aire y flor, en esos viajes que tú haces a todos los lugares del mundo y todos los días para nuestra buena ventura, en el Radio Club Por-

tugués, barco pequeño pero de vela inmensa—que hablarle a los demás de tí como si tú fueras una clara estrofa amada pero ausente. Y te acercamos a nuestros lados fraternos, precisamente para tutearte y gozarnos con el endeble y meloso gusto de tu nombre: ¡Portugal! Portugal!

Tú, como nosotros, te alegras por el grito y el gesto: Arriba España y brazos sobre el espacio—hasta ahora—lleno de puños que aprisionaban odios y vacío—hasta ahora—de manos abiertas que sembrarán la hermandad y el amor.

Tú, como nosotros, te encogías de amorosas tristezas al ver la tierra hispana hecha lugar de tareas inundadas y abierta oficina de expedientes innobles.

Y tú, cuando llegó, puntual y exacto, el natural fenómeno, sonreíste con sonrisa de nobles complacencias, y, contra la desvergüenza soviética y la farsa democrática mundial comprendiste desde el instante primero—con Italia, con Alemania, tan diferentes todas, y todas tan semejantes tan del mismo color occidental, justo y cristiano—que el magnífico estruendo español debía ser el estruendo universal. Porque todas las naciones deben de ser naciones. Porque todos los pueblos deben de ser unos, grandes, libres. Porque la independencia nacional es todo el triunfo y la servidumbre colonial es toda la derrota. ¡Qué bien lo comprendiste tú, Portugal!

Y por esta tu comprensión rotunda de hermandad espiritual y con sabor de Imperio, España te debe una gran parte de esta lucha por su Unidad, su Grandeza y su Libertad.

Y nuestro grito de guerra se hace mayor de amor fraternal y de nobles reconocimientos: Cara al Sol que riega de gloriosos amaneceres las tierras portuguesas y españolas, nuestra camisa azul es el saludo.

Por España y Portugal ibéricamente, imperialmente, unidas.

¡Arriba España!

Carta Nacional-Sindicalista al S. E. U. de Canarias.



Estudiantes de todas nuestras islas:

Si bien en estas horas coronadas de insomnio y de espera por el ansiado amanecer falangista de nuestra Patria, todo nuestro unido esfuerzo debe vincularse a un común deber de batalla y milicia, bueno es que vayamos anhelizando al futuro porvenir de España nuestras falanges escolares con el hilo de una cerrada disciplina y el exacto conocimiento de nuestra peculiar función en la nueva vida nacional.

Todos los que desde el principio de nuestra Falange, habéis sabido mantener en Universidades, Escuelas e Institutos el guión firme y erecto del rígido ideal nacional-sindicalista, sabéis—sin que preciso sea que yo de ello os haga fraternal advertencia—que nuestro concepto de la Enseñanza en todos sus grados se realiza y vierte en aquellos conceptos fundamentales tan repetidos y por vosotros tan bien asimilados: SINDICALISMO, UNIVERSIDAD, IMPERIO.

SINDICALISMO

Quien conozca nuestras modalidades ideológicas y militares sólo como de paso y con ligera vista, se preguntará qué de interés puede tener para un estudiante la magnífica y vitalísima cuestión sindical. Sólo pueden hacer esta pregunta las gentes de inteligencia bizca, los tuerfos de entendimiento o, lo que es infinitamente peor, aquellas personas—grandes *políticos* en el sentido peyorativo del vocablo—que padecen una excesiva potencia visual...

Si no tuviéramos el alto rasgo histórico de nuestros estudiantes que por la mañana asistían a las aulas universitarias y por la tarde manifestaban por las calles españolas sus esfuerzos nacionales y revolucionarios y cooperaban—más que ninguna otra fracción profesional—a la fundación de sindicatos de trabajadores, el ejemplo de años de Universidades españolas

sería bastante para hacernos comprender la importancia del conocimiento de la técnica y la actitud sindicales para triunfar en los Centros de Enseñanza.

Un sindicato escolar—la F. U. E.—fué la primera bandera popular de la República.

Frustrada la F. U. E. como Sindicato Nacional de Estudiantes, por sus desviaciones separatistas y sus complicidades marxistas, pretendieron sustituir su función las Asociaciones confesionales de Estudiantes.

Frustradas éstas también por falta de nervio sindical y de alma revolucionaria, el Sindicato Español Universitario de la Falange vino—a un tiempo exacto y completo—a instaurar en nuestros maltrechos y helados Centros docentes nuestra vigorosa actitud sindical y nuestro árido y duro estilo de pura estirpe revolucionaria jonsista.

Y el cometido que no había podido cumplir ni la F. U. E.—separada del sentido nacional—ni las Asociaciones de Estudiantes de tipo confesional—esqueléticas y sin espíritu de juventud ardiente—lo sobrepasó, trasladando la acción nacional y revolucionaria de la Universidad a la calle y al pueblo nuestro Sindicato Español Universitario.

UNIVERSIDAD

Nuestra actitud profesional es un lógico corolario de nuestra misma existencia. ¿Cómo y para qué íbamos a constituirnos en Sindicato Nacional de Estudiantes, desligándonos previamente de todo matiz profesional? Naturalmente hemos vencido ese absurdo que para otras asociaciones se convirtió en postulado práctico, y hemos unido siempre a nuestras violencias y a nuestros ardores una exigencia de vida mejor para los estudiantes y también—¿por qué no?—para el profesorado.

Todas las leyes que han implicado un ataque velado o descubierto al sentido español o intelectual que nosotros queremos que predomine en nuestros Centros, han encontrado siempre en nosotros una justa y amplia posición de protesta y de violenta rebeldía.

Mañana, cuando el amanecer de hoy sea ya día con luz propia y entera, el Estado Nacional-Sindicalista dará dignidad y honra a todos los estudiantes y a todas las profesiones liberales.

IMPERIO

Como una parte en el todo de la Falange, nuestro punto vital es el Imperio.

El Imperio no se cifre a una tierra ni a un solar—aunque, desde luego, una tierra incompleta tiene suma dificultad para llegar a la última finalidad imperial—. El Imperio es también—y sobre todo— un logro circular de espíritu, de civilización y de cultura. Por estas notas que dan color y perfume al Imperio, nosotros, los estudiantes, somos imperiales.

Porque el imperio es la triple Primavera del Cielo, la Tierra y el Mar, nosotros ciframos nuestro gozo definitivo en el Imperio.

LETRA ULTIMA

Os repito, camaradas de las Falanges estudiantiles, lo que al principio os dije: estas palabras—que, como las de Abelardo a Eloísa, no debéis olvidar, porque, como aquéllas, son signo de amor y de camaradería sencilla— son para el mañana que vendrá muy pronto.

Para hoy, para este día rojo de lucha y de emblema, os escribo otra vez nuestro grito: ¡Por la Universidad y el Imperio, por el Sindicalismo Nacional y revolucionario, con el libro y el fusil!

Hoy, camaradas estudiantes, hagamos con el fusil la guerra española; mañana, cuando vuelvan victoriosas todas las banderas y brillen todas las estrellas de la fortuna sobre España, será el momento—ganada en la guerra nuestra paz—de llenarnos de altísimos saberes para saclar el hambre espiritual de las gentes de la Nueva España.

Arriba España.

Para mañana—cuando sean buenos hermanos nuestros los soles alegres del triunfo—, escribimos estas consideraciones a nuestros camaradas los trabajadores, un poco al margen de la guerrera y dura tarea de estos

días teñidos de sangre, pero hondamente metidos en el recinto circular— y por eso único y exclusivo—de la Falange.

Aún alientan por ahí residuos de lo viejo que se está muriendo de puro podrido.

Aún hay algunas personas—¡pobres personas sin ojos trascendentes!— que creen para su nefando regocijo de ruines plutócratas, que nuestra Revolución Nacional—nacional y no de clase, grupo, partido o secta—ha de tener como esencial finalidad la defensa de unos privilegios hasta de injusticia humana, cristiana y española que ni esas pobres personas supieron defender con la fiereza horrible y magnífica de los hombres que, honradamente, dejan ir sus vidas por cauce de equivocado curso.

Esta posición egoísta y antiheroica de esas «pobres personas» pudieran tener cierta repercusión en las clases proletarias que podrían tomar como esencia de nuestro Movimiento lo que es, cabalmente, falseamiento absoluto del mismo y traición a sus notas más puras.

Nuestra Revolución Nacional-Sindicalista incorpora a su hacer más urgente y a su programa más próximo todo el dolor y toda la desesperación que bulle en vuestras inquietudes revolucionarias, camaradas de todos los oficios.

No os prometemos sobra la promesa cuando las obras dicen y cantan un dorado y rotundo comienzo. Ninguna de vuestras justas reivindicaciones ha sido anulada por los nuevos sectores de la Patria. Y, al contrario, os hemos libertado de los dos yugos—¡cuan otro nuestro yugo con el haz!—que, estrangulándoos, impedían y estorbaban la vitalidad de nuestra economía nacional.

Sería bueno que esas «pobres personas» se hicieran a la nueva vida que nos baja del cielo español y que en el suelo español estamos instaurando.

Y será muy bueno que vosotros, obreros españoles, os metierais también hasta el fondo de nuestros nobles pensamientos mirando vuestro futuro.

Desde luego garantizamos nuestras posiciones radicalmente revolucionarias: las estratos sociales—más tarde o más temprano—habrán de ser sustituidos por una rigurosa escala de valores armonizados en una perfecta jerarquía, y nos importa poco el escándalo de las «pobres personas». Cristo sólo maldijo el escándalo que hiere las almas que son como de niños...

La España que será nuestra madre y nuestra hija—porque ella nos dió bautismo de tierra y de historia y porque nosotros la estamos devolviendo historia y tierra—tendrá una severa línea imperial y proletaria. Proletaria, obreros españoles. No diréis—desconfiados—que os ofrecemos un paraíso.

Tal vez. Pero tener en cuenta, porque nuestra verdad es absoluta, que «nuestro paraíso no es el descanso». El Jefe Nacional os lo dice con claridades definitivas en esta voz suprema—suya—que trae hoy nuestra hoja. Pero nadie descansará en España, y vosotros tendréis una enérgica sonrisa pronta cuando veáis que en España se ha acabado ya la vida cómoda.

España Libre.

Cuando riegan alegría y confianza serena por las calles nuestras esquadras que centran en sus pasos marciales toda la fuerte gloria del desfile, las gentes—estas gentes de España que tienen siempre una hondísima capa de bondad natural—sonrien con un propio sentimiento de su hallazgo de neta libertad. ¿Para qué hacer ahora el estudio sabido de eso que se ha dado en llamar libertad? Unos y otros y los que no estamos ni con unos ni con otros, todos hemos hablado más o menos profundamente de eso tan difícil y sutil que llamamos libertad. Y, probablemente, ni unos ni otros han dado con el alma profunda y escondida de la genial palabra. Unos creían que la libertad era el desenfreno. Otros pensaban que la libertad era el terrible monopolio de la vida. Ni unos ni otros pensaban en *todos* los españoles. Pero nosotros que buscamos con tremenda insistencia lo que Ortega y Gasset ha llamado «la totalidad cordial de los españoles» hemos visto desde nuestra primera vida pública, que la razón no era ni de los blancos, ni de los rojos—ni de unos ni de otros, sino de los azules—de todos los que se han vestido con el color absoluto de la españolidad.

Porque anhelábamos nuestra libertad personal, nosotros nunca fuimos comparsa ni de unos ni de otros; ni de los que eran siervos de la Interna-

cional del dinero, ni de los que eran—y aún, a nuestro pesar, pretenden morir en error—esclavos de Rusia. Llegamos a Rusia. (Estamos ya partiendo de Rusia). La Falange lo ha dicho muchas veces: «...Sólo es de veras libre quien forma parte de una nación fuerte y libre». Libre España. Finalidad última. Libre España de Rusia. Libre España. Los que ven un motivo intranquilo de futuros cerrados en nuestra voz rotunda y definitiva de ¡Imperio! se quedan pasmosamente serenos ante la terrible expansión rusa. No ven—¡oh cruel *voluntad*, Maestro primero Unamuno!—la cabalgata roja que viene con hierros sobre libertades de Occidente. Pero nosotros estamos ya pisando tierras libres. Pero nosotros nos llenamos de buenos aires libres. Pero ríen con llana y fresca risa cuando pasan las escuadras azules que fueron a buscar la Primavera las gentes que—ya—se encuentran libres. Es que otra vez España destruye, mirando al momento que viene, las menudas fronteras, y forja el mito nuevo, por vivo nuevamente, de Occidente. Y por España, Europa será libre.

Y por España, las tierras, el aire y el mar de la Patria son—otra vez—libres.

Palabras y Sangre.

Son éstas, palabras de uno de tantos como viven—por un espacio breve de cura—de las líneas de extrema vanguardia. Son éstas, palabras y sangre, como aquéllas de Giovanni Papini. Las palabras que escribo, desfiguradas tal vez por una transición tan brusca como es el paso urgente de la trinchera—«arma al brazo y en lo alto de las estrellas»—a confortable abrigo de una ciudad de retaguardia, podrán a algunos parecer escritas con pasión de alta maldad o, cuando menos, con ciertas líneas de exageración. Pudiera ser... Pero las palabras—que se escriben con un sentir de dolor, de sangre—son siempre justas.

Con esa justicia del combatiente os digo, respetables señores de la retaguardia—debiéramos de borrar este nombre con un quehacer propio de

vuestra situación—que, hasta la fecha, los camaradas de la primera línea sufren una pena de agrio descontento: la ciudad— cuán diferente el campo!— no responde a la voz unida de los frentes.

Quisiéramos, en el triunfal retorno de nuestras banderas, encontrar un logro de la Patria, una ambición conseguida del Pan, una vigorosa, dura y fuerte victoria de la Justicia.

No está sólo la gloria de la Falange en el exacto desfile.

Hay un fondo estricto de lucha y sacrificio que no debe ser exclusivo de los que han respondido a la vocación cruel, pero dignísima del único cielo verdadero. La vida debe ser lucha para todos. Lucha y sacrificio. Que si a los camaradas que tutean, en una incierta cotidianidad, a la muerte, se nos ha dejado como exclusiva la promesa de los buenos luceros, no es justo, no es justo que la ciudad—Dios mío: ¿la ciudad alegre y confiada otra vez?—encienda fuegos artificiales de diversión y holgorio, mientras allá, se lucha y se muere.

El tiempo exacto de hoy exige otra cosa. Lucha y lucha. Sacrificio y sacrificio.

Sin rencor ni mala pasión escribo. Son éstas, palabras de quien quiere incrustar en la ciudad esta súplica rota de corazón y de alma: Preparadnos, aquí, la alegre realidad de una Patria en cima de salvación y de reconquista.

Y no pongáis en duro olvido estas consideraciones. Que son palabras. Pero que tienen una virtud de sangre.

Lluvia y Amor del camarada muerto.

Si te veo, camarada,
si por tu ausencia no entro,
si estás tan bello en las armas,
transido de nacimientos,
haciendo alegre Unidad
«con fe, con sangre, con hierro».
Mas tiene sombras el Sol,
y fina lágrima el viento
y hay colgado de los aires,
que rizan dolores lentos,
un duro guión de azufre,
de temblor y desconsuelo.
Cuando dabas a las tierras
todo el color de los cielos
y era azúcar en tu boca
promesa de los luceros,
te leyó dolor la muerte.
en pergamino de hierro.
Leiste las duras letras
y amaneció en tus adentros.
Bordó la sangre las flechas
y el yugo sobre tu pecho.
Rodó sobre tu contorno
un magnífico silencio,
reía una buena ventura

sobre tu semblante muerto
y andaba, libre, en tu frente
como un signo de agua y verso.
Un claror de albas totales
se desprendió de tu cuerpo
y todos vieron y amaron
el milagro de tí, muerto.
Los camaradas oían
el grito de tu silencio
y el alma se les llenaba
con tu santo magisterio.
Y era más bello el combate,
y al alma nacióle nervio,
y habla en nuestras banderas
un tono más rojinegro.
Y en el día y en la noche,
y en la mañana y el véspero
la Falange recogía
el amor de tu recuerdo.
Tu nombre lo cantan todos
los ángeles que son buenos.
Para nosotros, tu grito,
tu camisa azul, tu gesto.

Ardiente voz de guerra.

¡Al frente azul, juventudes!
¡Al frente azul, camaradas!
A dejar allí las vidas
por la vida de la Patria.
A los sitios donde viven



el combate y la batalla,
donde, en la muerte, los triunfos
con propia sangre se ganan.
A darles fe a los fusiles
huérfanos de cruzada gracia.
A darles almas explosivas
a las bombas y granadas.

¡A los frentes, Juventudes!
¡A los frentes, camaradas!
Que si la vida se pierde
se encuentra la gloria exacta.
¡Ni padres! ¡Ni hogar! ¡Ni hijos!
¡Ni novia! ¡Ni oficio! ¡Nada!
Que si la Patria se pierde
se nos pierde la mañana,
y se nos pierde la madre,
y la novia y la esperanza.

¡A combatir, juventudes!
Miles de muertos nos llaman
y es maldito quién no escuche
la voz, de todas más alta.
Y es hombre quién vaya al frente
y cobarde quién no vaya.

¡A combatir y a morir!

La consigna a sangre llama:
Por la justicia de todos.
Por la unidad de la Patria.
Por el pan de cada día
que Dios dará a las Españas.

Por nuestra revolución.
Por Franco, con luz y espadas.

Por José Antonio, el Ausente,
cuya voz es más cercana.
Por nuestra camisa azul
que es rigor y fe que manda.
Por la canción y la Enseña.
Por nuestras flechas yugadas.

Nuestro deber es de guerra,
y a quién en la retaguardia
no haga suya voz del frente,
genio y grito de las armas,
que lo escupan las mujeres
y no haya buena mañana.

¡A combatir, Juventudes!
¡A la muerte, camaradas!
Precisa y justa, en la ausencia
nuestra, se erguirá la Patria
y las estrellas serán
todas las gentes de España.

La voz redonda de muertos
—labio del «Arriba España»—
grita que todo lo joven
sea, en esta hoguera, llama.
Y al que no queme sus leños
y baile esta dura danza,
le darán garrote vil
los que traigan Paz y España.

¡Al frente azul, Juventudes!
¡Al frente azul, camaradas!

¡Por la paz tensa y ardiente!
¡Por Dios, el César y España!

La gloria solo nuestra.

Estos que aquí veis son: Tomás y Pepe Casañas, Gundemaro López, Juanito Betancort y Eduardo Chaves. Hay en esa foto la imagen de otros dos camaradas. No los conozco. No se sus nombres. No se ni sus vidas ni—tal vez—su muerte. Un obligado punto de callada en la pluma sea honor sobre su propio honor.

¿No sabéis, camaradas, quiénes son? Pues son, pura y sencillamente..., la gloria sólo nuestra. Y por lo que, ahora, para vosotros, los no enterados, voy a escribir.

Tomás Casañas murió. El 11 de Mayo—con sol y con flores—la Sexta Bandera de la Legión salvó en Toledo—a España—. Lo dije una vez y lo vuelvo a decir: fué Alcázar de Toledo. Más que torre castillo y fortaleza. Allí cayó Tomasillo. Aquí se quedaron sin hijos y sin amor unos padres redondo de lleno patriotismo y una buena camarada de nuestro haz. La Falange perdió un hombre de servicio y sacrificio.

Pepe Casañas—otro falangista en la Legión—parte hoy con nosotros la alegría del retorno de la pequeña tierra—. Ha perdido un hermano y pronto volverá al avance, al parapeto y al asalto. Como su otro hermano Antonio. Con la cara abierta, con gallarda ambición.

Gundemaro López plantó en la tierra madrileña, con esperanza de graciosa espiga, su brazo derecho. Y no se queda aquí. Porque no quiere. Para un falangista siempre en guerra, es horrible la posibilidad de morir «gloriosamente» aplastado por un automóvil...

Juanito Betancort murió. También el 11 de Mayo. Como todo el que muere sabiendo su razón, gritó con bríos ya casi sin bríos, «Viva la Muerte» y «Arriba España». Dejó pena eterna en sus amantes padres y en la novia—segada promesa—. Y dejó un hermano—Pepe—que ha llegado del frente y que al frente se marcha otra vez. Uno más caído por la Unidad, la Grandeza y la Libertad de España.

Eduardo Chaves murió. Creo que el 23 de este mes de Julio que se acaba de ir. Morir en Julio vale tanto como ser un grano ya maduro. «Cha-

vito» madurado y caído maduro del árbol de la Falange. Y para el hombre de España que necesita para vivir la limpia sangre joven. Hay llanto por su ausencia en un hogar y vela su recuerdo de una cabecita femenina un manto—¡cuánto quemal—de Carbón.

Cabo de la Legión hoy manda una escuadra de héroes, arriba. No conozco a esos otros dos camaradas. Acaso han muerto. Ojalá vivan para seguir con nuestra lucha. No sé nada de ellos. Pero su humilde hacer anónimo y sencillo les deja sin el nombre y les da consistencia simbólica. Pura teoría última. Se advierte que son hombres de campo. Se adivina...se deduce que son los mejores soldados de España.

Ante esta foto, pueden seguir pensando los imbéciles, que no fueron ni irán a la guerra, que la Falange vegeta la retaguardia.

Yo pienso que hay muchos camaradas presentes en nosotros. Yo pienso que en cada lucero brilla un haz de flechas.

Y el que no lo crea, que vaya al frente. Yo vuelvo ahora de allí y ya me desespera el santo advenimiento del regreso. Y como he visto la dolorosa verdad del que muere, escribo lo que escribo.

Y añadido que el morir limpiamente, en la diáfana ejecución de un acto de servicio es atributo nuestro. Es gloria sólo nuestra.

Los malvados o idiotas que antes dije pueden seguir—por ahora—en sus festines. «Nosotros va presentimos el amanecer en la alegría de nuestras entrañas». Y para cuando esa corazonada sea realidad entera, debéis de censervar esta foto, camaradas míos. Para ellos será una magnífica acta de acusación. Para nosotros, la gloria sólo nuestra.

Con el amor en la mano.

Como un pan para un niño hambriento. Como un vendaje para una herida. Como un alma para Dios, por ella misma. Así, el amor para todos. Así ese amor trémulo y sangrante para España, para todos los españoles.

¿Será preciso repetir que nosotros por amor y no por odio? ¿Habrà que gritar—otra vez—que luchamos por conseguir gracia de salvación para aquellos que nos hieren y nos matan?

Se sabe ya de viejo que el odio nada construye. Que el odio no es arquitecto, ni siquiera modesto albañil. Y se sabe de viejo—también—que amor, sangre y rendición son tres facetas de una misma cosa. O mejor. Son la Santísima Trinidad de esa cosa tan grande que es salvarse en esta vida y en la que vendrá, en uno y en todos.

Amor y sangre brotan de enfrente. La cabal rendición de allá nos llegará. Pero no de allí solo debe venir la cierta promesa de salvación. De aquí también. De la retaguardia, donde, si no hay sangre, debe haber amor. Amor de hermandad, amor de ancha camaradería. Amor de Justicia. Y por eso no debe existir un ambiente cargado de venganza. No debe hacerse —aquí—un frente de odio entre personas. Quienes pretenden tal no entienden la virtud y el alcance de la guerra. Que es de obras e ideas pero no de personas.

¿Es esto pedir olvidos y perdones? Que se escuche bien: no se piden clemencias inútiles. Nadie que quiera su alma para el Frente, se entretiene en esas cosas pobres. Se pide justicia. Se exige justicia. Y no es justicia, no es amor de justicia, dar hambre y desesperación y odio a un sencillo trabajador cualquiera por haberse afiliado a un sindicato extremista, cuando derechas e izquierdas—burguesía sin corazón y suicida—jugaban a la anti-española y anticristiana política de encrucijada, dejándonos solos a los de Falange, con la cruz de nuestro anhelo nacional y revolucionario.

Esta es la verdad. Más verdad porque es desnuda. Entre un colchón y unas ropas repartidas en día electoral y un pan de varios días, aunque no es de todos ¿tenía el obrero derecho a opinión? Entre el desprecio de las clases privilegiadas y el odio amontonado por la secular injusticia y el engaño de los dirigentes en los de abajo, ¿podía el obrero de aquel tiempo que estamos matando, dudar en la elección? No.

Por todo eso, contra el desprecio y el odio, nosotros—la Falange—con el amor en la mano.

La Falange: mitad Conde de Montecristo, mitad San Juan de la Cruz. Derramando justicia inflexibles, prodigando miles gracias. Con los pies en la tierra—que en ella vivimos—y el espíritu al cielo. Y todo con amor para todos, que todos son de España, que todos son hombres. Con amor sin venganza. Para que los que sufrieron grande o tuvieron mala voluntad vean cómo nuestros pies caminan muy por encima de sus cabezas.

Nosotros, la Falange, con justicia, amor en la mano. Como un pan para un niño con hambre.

Como un vendaje blanco para una herida.

Como un alma para Dios.

Y como un bordón, para nuestra vida, por todos los caminos.

Genio y figura de un camarada heroico.

Por el año 1934, Lerroxx y Gil-Robles. Gil-Robles y Lerroxx. Política de derechas.

En Santa Cruz de la Palma crecía la Falange. «El Tiempo»—diario maso, anodino—y «Espartaco», órgano del partido comunista, nos combatían a sangre y letra hiriente. A pesar de todo, la Falange crecía. De cada «jaleo» salían varios militantes más. Frente a nosotros. Nadie nos quería. Y como a nadie queríamos nosotros nos quedamos en soledad activa, frente a todos. Entre los comunistas, descollaba en sus ataques Cecilio Concepción, un muchacho inteligente y no exento de cierto nobleza.

18 de Julio. Amanecida desesperada, violentísima. La rabia de España nos revolvía fieros. Cecilio Concepción es detenido. Y en paz. En la prisión, alguien le da los puntos de la Falange. Su fresco ímpetu revolucionario se encuentra, al pronto, metido en un latente amor de Patria. Surge el hombre nuevo. De Marx a José Antonio. Pasando por Franco. Solicita ir al Frente. Y va.

En Mayo lo reconozco en Toledo. Ibamos a hacer el curso de Alféreces Provisionales. Por mérito de guerra, lo ascienden primero a cabo y luego a sargento. El informe del jefe de la Unidad es excelente. Aprueba los cursos. Se nos concede la alegría de un regreso a aquí. El va a la Palma. Cuando alguien le felicita por haberse hecho derechista, él responde que se ha hecho falangista. Después se incorpora a su destino.

Batalla de Brunete. Al mando de una Compañía, el Alférez Concepción, con 70 hombres, toma una posición defendida por dos millares de milicianos rojos. Y ya en ella resiste furiosos contraataques. El Alto Mando le felicita y lo propone para una alta recompensa.

Si el camarada tipógrafo no fuese tan exigente, estas letras podían titularse así: *«De cómo un antiguo comunista que ganó en la prisión su fe en España y en la Falange, hizo en el frente unas cosas maravillosas de heroísmo».*

Breve exégesis del 18 Julio.

Un movimiento joven de duras, difíciles y plenas ansias revolucionarias con una muy profunda, muy noble y muy antigua raíz. Su principio ha sido—hace ya un año—el 18 de julio de 1936. Y, ahora, pasadas, gustadas y sufridas tantas amarguras y alegres por igual, bueno y santo es volver la cabeza sobre nuestra tarea de un año.

Existe una labor cierta e indestructible: la efectuada en los frentes de guerra. Esa hora última ha sido—y sigue siendo—cumplida con magníficos colmos. Y Tenerife, en nuestra guerra ha puesto muy erectas y rotundas banderas; los hombres de la Legión, de los que nada digo, porque yo soy uno de ellos; las Banderas jóvenes y generosas de nuestra Falange, que combaten y mueren con la santa alegría que alumbra el triunfo propio e íntimo; los Batallones de Infantes, galgos con prisa y sin pausa por la presa sagrada de la Patria que ya está casi toda en nuestro alcance; y los ingenieros; y los sanitarios; y la mejor Intendencia de todos nuestros frentes; y esa Artillería callada y heroica como esa primera Batería de La Laguna que, hoy, se llama así: la Batería de la Legión...

La tarea en los frentes, en el correr de este año ha sido buena para nuestras Islas. Otro gallo—de verdades sangrantes—canta a la retaguardia. El 18 de julio supone un anhelo joven y aquí—no en Dinamarca, señores alelados—huele a podrido, a viejo, a canas engomadas, a trastos inútiles.

El 18 de julio levantó un exacto guión revolucionario nacional-sindicalista. Y aquí —¡todavía!—se asustan muchas gentes, cuando nosotros clamamos contra viento, marea y otras cosas no tan elementales, no tan naturales, que estamos en el trance decisivo de efectuar, sin escamoteos ni subterfugos, la Revolución Nacional-Sindicalista «que nos está haciendo

falta», o bien, que habremos de plegarnos ante la realidad de aquellos a los que hoy combatimos con las armas.

El 18 de Julio tiene una antigua raíz: la Tradición. Pero la Tradición no son los rigodones en Palacio mientras masas enormes mueren de hambre, ni la arbitraria e inhumana solución de castas ni el lujo insultante a la miseria. La Tradición, una cosa mucho más seria; es la doctrina de Luis Vives —tan católico, tan occidental y tan cristiano— que dice abiertamente y revolucionariamente que hay que ir hacia una nueva distribución de la riqueza. La Tradición es el antiguo señor y caballero que no son lo mismo que el señorito y el jinete de ahora. La Tradición es el yugo con las flechas.

El 18 de julio de 1936 despertó un amanecer de armas tensas en espera y vigilia. Este 18 de julio sería una fecha no de memoria sino de realidad en la Historia de España, si sus primeras albas coincidiesen con un amanecer integral en nuestra despistada retaguardia.

Romance de Sangre y Luna.

Y era una noche acribillada a tiros y de estrellas. Y con luna y altavoces distintos. Sin sangre. Hasta que se derramó la suya.

Venía hacia nosotros, con una mano abierta, y los ojos acaso en posición de ensueño delirante, el corazón transido y el fusil en banderola, como señal de paz, como voz de tregua y cuartel, le veíamos llegar esquivando las balas, y luego un silencio sin aliento en nuestros fusiles y un seguro de amor en nuestras bombas de mano.

Le veíamos ahora, después; una mata escondía su figura que adivinábamos esbelta. Y entre tanto, la luna, la maldita luna, espía bellísima de la oculta acción.

Las ametralladoras rojas buscaban sin cesar, cruzando fuegos: la «Niña de los peines», tras el flamenco cantaor de notas altas que se les iba...

Pero él jugaba contra tiros y luna, y como una culebra se enroscaba a un árbol y parecía morir en la tierra, y otra vez se levantaba y corría. Venía hacia nosotros, pero no llegó.

Cerca de nuestra alambrada se quedó para siempre su ilusión de llegar, que era también nuestra. Cayó segado por una mala ráfaga en flor de desesperación y desconsuelo.

Cuando vimos debatirse pesadamente su figura, enroscarse con bárbaro ademán y rodar después por tierra hecho un ovillo y un dolor amargo y agudísimo, y una rabia definitiva y resuelta de puños crispados y labios con sangre...

El no dijo nada cuando lo mataron. No pudo decir algo, porque un tapón de hierro vendó su clamor último. Yo sé esto: los rojos aullaban desde sus parapetos. Nosotros cantábamos nuestra canción y gritábamos las justas voces del rito falangista. Y yo sé también que nosotros gritamos y cantamos lo que él no pudo cantar ni gritar. Y lo sabe sobre todo el Señor de la Muerte y de la Gloria.

Misión.

Una, de principal sentido, impone su primacía en esta hora: rehacer la Patria deshecha por pecados de comisión y de omisión de izquierdas disgregadas y antinacionales, de derechas antisociales y explotadoras de un falso «patriotismo» de profunda raíz egoísta: de partidos, de sectas, de capillas políticas bienquistas con el régimen liberal de los turnos gobernantes. Rehacer la Patria. Misión de estas horas difíciles, preñadas de mañanas exactas.

Por fines del 35 o principios del 36, escribió Teófilo Ortega esta tesis: «O España se rehace, o se deshace». Que era tanto como decir: «O los españoles rehacen, vuelven a hacer España, o ésta se deshace». Estaba ya deshecha por aquellos tiempos: de su escasa vitalidad podemos darnos cabal cuenta considerando el sinnúmero de partidos y de luchas sociales de entonces. Creen las gentes chatas—o interesadas—que la Patria se nos devolverá virgen y limpiamente desnuda sólo por el esfuerzo—su magnitud es indiscutible e indiscutida—de los hombres que están cara al sol de la muerte que alumbrá parapetos y trincheras. Piensan así los espíritus breves o los largos en demasía. Paralela a la misión guerrera, ha de abarcar las ciudades

y campos de la paz otra misión—no es otra, sino diversa cara de la misma—, dirigida hacia una finalidad de pureza y vigilancia. No se rehace sólo la Patria con la ingente labor de los frentes. Eso es abrir el camino. Pero, ¿no vemos y conocemos y nos abruma el peso de esas personas que ya empiezan a proveerse de olvidos, que hacen como que desconocen el modo militar, duro y terrible, de esa vida de los frentes de combate? Esas personas creen—chatas o interesadas—que los soldados tienen la misión única. Y no es así. De ese modo, no volveremos a darnos la suprema dignidad de la Patria. Una misión—envío—, es siempre, en la Historia, un encargo total. Cada hombre de la Falange ha de sentir en este instante último, el orgullo y la responsabilidad de una entera misión: rehacer la vida española con las armas y con la exactitud revolucionaria nacionalsindicalista. Mas: hemos de pensar, buscando un cimiento a esta tarea sin límites, que sólo puede rehacerse una cosa destruyendo con alma implacable las cosas, órdenes y personas, causas del vicio de la postración.

Hemos dicho en el principio: rehacer la Patria deshecha por pecados de comisión y de omisión. Fijémonos los puntos sobre las íes respectivas: en el frente, destruimos las izquierdas. Aquí, terminemos de una vez con eso tan sin cogollo esencial, tan absurdo y tan feo que se llama «derecha». Cuidar y elogiar y comprender la parte—gloriosa—del milite y olvidar, por brevedad de espíritu o maldad de interés, el lado vital del que corta en las tierras de España las plantas sin olor o con aroma pésimo y da al suelo español la decisiva gracia de árboles y flores esenciales, es querer hacer parte del todo y abandonar nuestra revolución en mitad del camino. Los que así piensan no han sabido de la alegría y el dolor que esconde una guardia bajo las estrellas. Viéndolas tan en orden, tan enteras, tan llenas de luz viva, se comprende que, bajo sus antorchas, sólo debe ejercitarse una misión, como ellas, en orden, entera y luminosa. Y la misión de hoy es esa: rehacer a España.

Para el logro de esa honrada y necesaria ambición, demos muerte esencial, o al menos pública, a todos los elementos negativos. Y admiremos a los bravos camaradas de los frentes. Mas, pensemos, con claro sentido, que estamos en un arduo frente donde se juegan, en lance de valor e inteligencia, lo 26 puntos del Nacional-Sindicalismo.

Resumen del discurso pronunciado en la Plaza de Toros el 18 de Julio de 1937.

Si José Antonio hubiese contemplado con aquellos ojos suyos tan abiertos este desfile de banderas esta tarde, tendría su boca un rictus satisfecho, al ver como—¡al fin!—bajo un mismo guión y hacia una misma meta marchan los empresarios, los técnicos y los trabajadores.

Y de eso, de la C.O.N.S. y de las C.E.N.S. y ahora de este completo e integrador logro de la C.N.S., es de lo que yo quiero hablaros en esta tarde de 18 de julio.

Se crearon las C. O. N. S. organismos estrictamente obreros y las C.E.N.S., organismos específicamente patronales.

Y no era ese el claro designio de la Falange. Se reincidía así en el régimen absurdo e injusto de los Jurados Mixtos. Eso podía ser, si acaso, un ensayo de ese Estado Corporativo del que muchos hablan y pocos entienden pero eso no podía ser de ningún modo el régimen de trabajo de un Estado Nacional-Sindicalista que quiere a todo trance, elevar las fuerzas sociales en lucha, dándoles la fe y la convicción de una finalidad superior a las conveniencias de esos estratos de la sociedad.

Y ahora, con una prontitud de milagro, de comprensión y de exacto sentido falangista, surgió a la vida un organismo, las C.N.S., que coordinan el esfuerzo, el interés y el propio amor de empresarios, técnicos y obreros.

Si nosotros fuésemos demagogos—aún hay gentes chatas que así nos llaman—os diríamos, camaradas del Taller, del campo y de la fábrica, que la Central Nacional Sindicalista va a resolver de una manera divina, ahora mismo y perfectamente, todos los problemas que hoy se plantea el pueblo que trabaja.

Os diríamos, obreros, que váis a ser, muy pronto, en la victoria, los dueños y señores de España.

Os diríamos, patronos, que váis a seguir con ese inveterado modo de dominación por medio del dinero, y de todas las fuerzas económicas.

Y no os decimos eso, sino esto: Que la Central Nacional-Sindicalista os resolverá todos los problemas que vosotros ayudéis a resolver.

Que el obrero—son palabras de Fernández-Cuesta— no es más por ser obrero, pero tiene un derecho perfecto a una vida más feliz y más humana porque es español y es hombre.

Que el empresario no usará jamás sobre el obrero el arma de su superior escala económica, porque el Estado Nacional-Sindicalista dará al trabajo y al trabajador muchos deberes y una justa y humana dignidad.

Cabalmente, lo que nunca os dieron ni derechas ni izquierdas.

Eso os dará—las magníficas obras de hoy cantan un alba—la Falange, que no quiere que vengáis a nosotros diciendo que os habéis hecho derechistas, con la cabeza baja y en silencio.

La Falange sigue y seguirá la fe y la norma de nuestro José Antonio. Y él os quería por vuestro fresco ímpetu revolucionario con las cabezas altas, pregonando la fe gallarda y cantando los himnos de este Nacimiento Español.

El no concebía una buena revolución sin buena música. Así, cuando salgáis de aquí, que las mejores banderas nuestras sean vuestras voces duras y llenas.

Obreros en voz alta; cantad a España en voz más alta para que la Patria cante este recuerdo triunfal en voz altísima. ¡ARRIBA ESPAÑA!

Juan Betancort.

En el huerto espacioso al que él dió límite de floridas hileras, ha caído ya el agua que corría y se agostó el brote en su comienzo. Estudiante y buen aficionado a la bella cultura de la tierra, buscaba el tiempo para dividirlo entre la dura lucha inicial y sola de la Falange, las ciencias físico-químicas y el árbol y la planta. Es decir, dividía el tiempo para unirlo en



su central afán de excelente luchador nacional-sindicalista. Viene ahora a mi recuerdo el día en que con dos palabras, —siempre eran dos las suyas— me llevó a ver su huerto, ahora cerrado por su familia doliente para que el recuerdo del muerto no se escape. Habla hecho con flores rojas y otras casi negras la bandera varonil y enérgica de nuestra Falange. Otro día, ol cómo en la clase que explicaba a sus muchos alumnos daba de lado a la preocupación científica, y, en juego peligroso de porvenir y de presente, les hablaba, con aquel su labio quemado de secas violencias, de nuestro anhelo revolucionario, de nuestro amor enojado y celoso por España, de la Falange heroica en su altiva y necesaria soledad. Por eso he escrito antes que dividía el tiempo para unirlo. En todo quería hallar el modo exacto y cabal de su fe nacional-sindicalista.

Y el cielo de su vida falangista vino a cerrarlo en el frente de Toledo, no con broche de oro, que es cursi y suena a bajeza, sino con broche de sangre en chorros posteriores, que es doloroso en extremo y por tanto, macho, falangista y español.

Estaba con nosotros y siempre nos hablaba de Falange, de su huerto y de sus estudios. Añadía después su legítima soberbia de legionario de la Sexta Bandera.

Pocas horas de vida le dió Dios, luego de la mortal herida. Bastantes horas para hablarnos de su tiempo dividido por gusto y al que siempre daba alegre unidad.

Una carta de la hermanita le hablaba de la flor y del último injerto. La novia le enviaba un buen recuerdo de tabaco que él no llegó a fumar. Sus padres le animaban, a pesar del corazón estrecho, en la lucha.

Ahora con cigarro de los suyos, vertiendo aroma rubio, yo me acuerdo más del tiempo de Juan Betancort. Para mí me sobra el recuerdo de este cigarrillo que no me sabe tan bien como otras veces. Para los demás esta crónica con estilos de peso sincero, les hablará de un canario que se dejó en su tierra el huerto, la novia, la familia y los libros y vino a morir al frente de Toledo con la fe en la Patria Una, Grande y Libre que él empezó a construir en la Falange y terminó, en su parte, en la Legión.

Conforme al deseo del Padre Ausente se dejó en esta lucha la piel y las entrañas. Torre gastada y caída, a todos los que con su vida y su muerte comulgaron, nos parece más alta y soberbia que nunca.

Hojas negras y azules de nuestro Libro de Horas.

Parece el cumplimiento de una precisa y cabal consigna este homenaje a los caídos del Radio Club. ¡Qué bien y en qué hora buena! Claramente, cuando se ensancha el gesto—en su memoria del día primero de la Revolución Nacional-Sindicalista. Claramente, porque siempre llegaron las banderas victoriosas en hombros de los muertos. Claramente, porque es el mejor cántico perdurable el que se rompió en el último desconsuelo de las voces apagadas. De ese orfeón que inició su música de salvación con una dura batuta de plomo y que—aún y siempre—canta muertes, abrazos y triunfos dirigido por una mágica varita angélica, quiero hacer un recuento de nombres y de hombres. De este Libro de Horas—hecho con tanta pena, tanta ausencia y tanta generosidad,—leed estas hojas negras de amarguras y azules, plenamente azules de nuestra victoria y de nuestra verdad.

Santiago Cuadrado Suárez:	¡Presente!
José Mesa Delgado:	¡Presente!
Juan Betancort Socorro:	¡Presente!
Tomás Casañas y G. de Chaves:	¡Presente!
Pascual Armengol Pallás:	¡Presente!
Miguel Miquel Durán:	¡Presente!
Manuel González Herrera:	¡Presente!

Así, a secas. ¡Por qué y para qué darle soleras literarias a unos nombres llenos, magistrales y casi divinos? Ved cómo en los brazos de Legioneros y Falanges vuelve el Imperio por cielos de muertes. Ahora, es verdad que las estrellas están ya pobladas. No va a haber un lucero para cada uno de nuestros caídos. En hombros de los muertos, sobre los vientos que rizan un saludo de brisas fáciles, se nos devuelve la cierta alegría de la sola bandera imperial. Se rehace, para gloria nuestra, el milagro romano. Y—otra vez—goza la Patria la gracia helénica del milagro griego. Y todo por los

mueritos. Y todo por los caídos. Y todo por esa multitud—donde cada uno tiene nombre y fama—*propios* de camaradas ya lejanos y siempre con nosotros.

Hojas negras y azules de este Libro de Horas amargas y claras de Tenerife. Y de España. Nombres de letras puntiagudas, hirientes de ortografía única, porque son únicos, supremos y celestes los nombres que se escriben con sangre.

No digamos más cosas de los caídos. Podríamos hacer belleza literaria y aquí sólo hay una belleza desgarradora, una emoción última de rompe y rasga.

Sobre los muertos, el homenaje de nuestro silencio y la oración musical. Paz a los caídos y que ellos nos traigan la Paz: la Paz en la Guerra y la Guerra en la Paz. Eso quería Don Miguel de España muerto en agonía y en dolor de España. También sintieron esa lucha—agonía—los camaradas muertos. Pero mientras no muera la Juventud española y no se pierda, funda o confunda ese amor por lo que José Antonio llamaba «la eterna e inmovible metafísica de España» y sigan reclamando ágiles Capitanes del único cielo verdadero los gritos de: Patria, Pan, Justicia, no morirá esta Muerte, no morirán estas Ausencias gloriosas, no morirá esta Patria.

Porque todos los camaradas morenos del rigor de un dilatado verano o ateridos por el frío y el helor de un invierno vivido.

La Sexta Bandera, Alcázar de Toledo.

Se ha escrito y dicho todo menos lo que tenía que escribirse, para que de ello hablaran las gentes sencillas de España: que la Sexta Bandera del Tercio levantó el Alcázar de sus carnes rotas en el Cerro de los Palos en defensa de aquel otro Alcázar donde no pudo injuriar a los vientos alegres de la Patria de ahora el trapo rojo. Pero a la Sexta Bandera no le importa el silencio. Sabe ella que el callado heroísmo es el más alto. Mas cuando un labio superior canta glorias nuestras, entonces el silencio de nuestra labor sería hosco y como despectivo. Por eso se escribe esta crónica. Cuando el

hecho y quien lo hizo han gozado el elogio preciso de labios por supremos más exactos.

No lo comprenderán los que nunca han sentido de cerca el verso de hierro que vuela en el ala poderosa de la Muerte. Pero ha sido así: tuvo que caer nuestra Sexta Bandera para alzar la alegría de España. «España entera estuvo pendiente de vosotros, Legionarios de la Sexta Bandera». Porque así lo dijo el General, y muy alto caballero, don Juan Yagüe, yo lo escribo. Y para el logro de nuestra entera verdad, ahí va esta añadidura. Si España entera estuvo colgada de nosotros, mientras los cuerpos jóvenes se quedaban sin alma, y las tierras se desposaban con sangrientos rocíos, y la bandera se ufanaba en el triunfo del aire otra vez suyo, y los Legionarios de la Sexta Bandera daban sus vidas para que sobre ellas viviera la Patria, que va siendo libre, que los españoles no pierdan la memoria y que todos—para siempre— aprendan esta voz: la Sexta Bandera, Alcázar de Toledo. Ni tanques. Ni cañones. Ni hombres. Ni cobardías de espíritu. Nada puede contra la línea recta que es el único camino de la Legión. Por andar muy derecha la Sexta Bandera tuteó a la Muerte en el frente de Toledo. Tuteos de esta suerte suelen pagarse caros. Pero era cosa de alma y de costumbre. Y de España. Y aquella tierra absoluta tiene en su entraña gritos de nobilísima sangre legionaria, que dicen a todo el que quiere oír el hecho único de la Sexta Bandera.

Yo escribo con pasión—con amor de fuego, de rabia, de alegría y de llanto juntamente—porque la cosa más alta que he sido y que en mi vida podré ser, es haber combatido y seguir combatiendo tras el guión con armas del gran Duque de Alba. Pero la tierra no sabe de pasiones, y el cielo sólo admite sutiles y muy justas diferencias. Y el Mando pesa y mide. Y a la Sexta Bandera del Tercio, cuando sus hombres pisen el suelo toledano, la tierra que a tantos camaradas dió buen amor de último albergue, la llamará con voz triste y pesada de muertos, hermana. Y el cielo tendrá por los nuestros que se fueron un color de azules plenisimos, con madura profecía para España. Y el Mando ha solicitado para la Sexta Bandera—así sencillamente, urgentemente—la Laureada.

La gran nota no debe extrañar. De viejo, la Sexta Bandera tiene afición de torre. Ahora hizo más ancha su cumplida ambición, ser Alcázar. Y Alcázar del Alcázar de Toledo. Tiene esta ambiciosa afición sus peligros.

Pero sólo en el trance con gran riesgo se halla siempre la grande y alta gloria. Y en uno de esos durísimos instantes, la Sexta Bandera—por alma, por costumbre y por España—se lió la manta, no ha mucho echada al suelo para el ganado descanso, y cantando nuestros himnos impares, hizo grandes y decisivas hazañas, perdió hombres y ganó héroes con la cara sencilla de siempre y el ademán resuelto prendido de su credo transcendental.

Torre y Alcázar. Honra y gloria de la Sexta Bandera del Tercio. De los que aquí ganaron la Laureada y sobre todo de aquellos españoles que en la ocasión de valores solemnes, cuando falla lo humano y se siente el aliento claro de lo sobretemporal, lograron—sin cuerpos y sin almas clarísimas—la sublime Laureada de la Muerte.

La Flor en el Suelo.

El moco bate en la cara
fina blancura escondida
y corre en pista infantil
una purulenta cinta,
Los pies hechos ya de tierra,
las uñas casi aquilinas
y el cabello que en un juego
de rizos bellos reía,
llora una triste maraña
de fealdad agresiva.
El padre se lo mataron
en la vuelta de una equina,
porque tenía el azul
en el alma y la camisa.
La madre anda por las calles
con locuras fugitivas,
entre una guardia cerrada
de carcajadas y risas.

Y el niño solo, espantado
de la calle donde pisa,
es una flor en el suelo
y es un perro en una esquina.
Y vaga, sin entender,
por calles no conocidas
y en sus carnes, de los fríos
el puñal abre la herida.
Y hay sangre en temblor agudo
que dobla la caña fina.
Un corro de milicianos
sobre la leña encendida.
—Pequeño, vete a otra parte,
hijo de perros fascistas.—

Y el alma blanca de nieve
ve verdades y mentiras,
y el niño sigue el camino
que nunca, nunca termina.

Y nadie come su pan,
trigo de rosa y de lira.

Y el padre siempre está muerto
con la derecha extendida.

Y la madre un desconsuelo
clava en todas las esquinas.

Y la flor sucia, en los suelos,
busca la mano sencilla,
que la prenda sobre el pecho
de una Patria, madre viva.

Y el niño duerme en la plaza
en una almohada de ruinas.

Balada de los carteros.

¡Ay! ¡qué palma y qué bandera
cuando llegan los carteros,
y al cántico de los nombres
con ángeles de recuerdo,
qué fina lluvia en la sed
y qué blancos en lo negro,
y aquél que estaba de guardia
le pide al otro el relevo,
que hay un papel amarillo
con un remite de besos!
Después se vuelve con risa
y alma tibia al parapeto
y aunque él estaba dormido,
tuvo su nombre en el sueño
y corrió tras de la carta
que estaba en un sobre quieto.
Y al corro de buena letra,
y al corro del dulce cuento,
¡y qué lejos el fusil!,
y hasta la guerra, ¡qué lejos!
y aquí una caja de bombas,
y allí un peine y un mortero,
y un trapo rojo en un palo
allá a los 40 metros.
Y nosotros en la tierra
y en el cielo, los luceros.

Pero, ¡ay!, que letra es buena.
Pero ¡ay! que viene el cartero,
y a unos les trae la madre
y a aquél la novia y el beso.

Mira, mira, camarada
cuando vuelvas al correo,
si mi carta se perdió
o es que se perdió el recuerdo,
que vi el fusil y la guerra
y las bombas y el mortero
y vi sangre y tripas mías
encima del parapeto,
cuando hoy no cantó mi nombre
el camarada Cartero.

Milicia.

Nuestra unidad azul de yugo y flechas
es circular y fresca y acerada.
Todo es alma común y camarada,
verso de Lope, olor de rojas flechas.
La trinchera de amor no tiene brechas
y es tierna y pronta la hermandad armada
y de esta compañía no igualada,
nacen anchas las sendas más estrechas.
Una invasión de amantes claridades,
da luz a todas nuestras orfandades
y monedas de fe a nuestra penuria.
Camaradas de sangre, muerte y vida
y goza Dios, en esta lucha unida
el único cantar de la Centuria.

Romance a la Bandera de Tenerife.

Vinieron con la camisa
porque les salió de dentro,
seiscientos labios pensando
la canción de los luceros,
seiscientas novias allá
y acá los últimos duelos.
El mar estaba detrás
con ellas y señor nuestro
y hubo una muerte de ronda
por ocho días completos.
¡Los canarios, los canarios!
¡Falangistas tinerfeños!
Brillan muchas aspas rojas,
conquista de loco empeño.
Cuando José Antonio era
padre de unos pocos cientos
y van buscando más sangre,
en limpios lances toreros
y allá rezaban las niñas
en dura orfandad de besos,
y en la pena de las madres
llovieron todos los cielos.
¡Ay que se va la Bandera!
¡Ay que ya llegan los muertos!
¡Ay, madre, que ya no vuelve
el hermano más pequeño,
aquel que llevó a la guerra
sus dieciseis años nuevos!
¡Ay mi novio roto allí
tan lejos, madre, tan lejos!

Sobre la penita negra
de los que están y se fueron,
la Bandera sigue en línde
del agua clara y el cielo.
Y a uno se le marcha un brazo
al angélico museo,
y otro se queda sin piernas,
y otro se muere contento.
Y el Teide sigue tan blanco
—copa de plata con fuego—
y los pájaros canarios
cantan cantares eternos.
Y el luto de madre y novia
se tiñe de arribos nuevos,
y las Islas en el mar
y en el mar aventurero,
gaviotas con alas blancas,
billetes de ida y regreso.
¡Ay Falange tinerfeña!
En tu lista cuántos huecos,
cuánto amor, ceniza y humo,
brasa y arena este fuego.
Hay un cantar que se cuelga
del camarada del puesto,
malvasía una guitarra
y la folia al sereno:
«Dile a cho Justo que amase
gofio con miel y con queso,
y a Mariquilla que jaga
pa mi vuelta el mejor beso.»

Balada de mi Aguinaldo.

Traía vinos añejos
cigarros, higos y pasas,
turrone de Navidad,
y pastelillos de Pascuas,
y una postal de la tierra,
balcón de valle y montaña.

Con un brazo destrozado
se fué a las Islas Canarias.
Me dijo que bien seguía
con risa de telegramas.

Y ahora por la Navidad
su recuerdo en una caja
con un yugo y unas flechas
—sello de viaje—en las tapas.
El vino y los pastelillos
y los turrone de Pascuas.
Alegremente comieron
los camaradas de guardia,
y alguno se hizo rosario
con los rabos de las pasas.
En el fuego quemán leña,
las maderas de las cajas,
¡y qué tormentos de humo
sabroso, en la noche helada!

Tuve un olor adivino
y en el fondo de la caja

hallé en papeles y polvos
de un alma la pura cara.
Le dí su nombre preciso
y ahora, en las noches nevadas,
por gratitud ella sale
compañía de mi guardia.

Aire, Mar y Cielo.

Por el cristal que me abre
al mar, al aire y al cielo,
viene solo y transparente
cabe mi amor, tu universo.
Con las letras de las olas
tengo un nombre casi hecho,
líquido, noble, clarísimo,
fino, adivinado, terso.
El mar lo lleva y lo trae
por aguas, aires y cielos,
pero el milagro levanta
el nombre fuera y adentro.
Sobre el mar, sobre mi mismo
tu gráfica rosa leo
y en el brillo de tus letras
gozo tus alados besos.
Sobre el mar, sobre mi mismo
gozo tus alados pesos.
Tus manos se hacen de nubes,
estrella de andares lentos,

y te percibo en un aire
dorado de filos vetos.
Tú estás en todas las cosas
y aun vives en mis adentros.
Tal vez tu vida sea tanta
que eres aire, mar y cielo.

Disparo. Rueda de amor y fuego.

Por los suelos el seso y el cabello
en trágica revuelta desgarrada,
crugía una mueca infiel, desesperada,
en la boca cerrada como un sello.
Tenía veinte años y era bello,
bueno en amor y fé aquel camarada.
De su fusil la rosa ensangrentada
era altavoz, por él, grito y destello.
Cuando crucé mi mano con su mano
sentí un calor de cielo muy cercano
y me quise vestir con su camisa,
quise atajar su fuga con mi llanto.
Y entonces volvió el fuego y volvió el canto
y regresó al disparo mi sonrisa.

Cantiga de amor en la noche de guardia.

Tu lejana presencia en una foto
levanta sobre mí una dulce yela,
y brota así su tenue cantinela
gracia con santidad de flor de loto.

Un deseo sin bridas y sin coto
en este mar de piedra flota y riela:
correr por el cantar tras la cancela,
volver a unir el beso casi roto.
Alerta está mi vida por tu vida.
El alma joven, tensa y ya partida
punta negra, esta noche mi figura.
Pero tú sabes que mi lucha es buena
y cuando lleve a ti la hora serena
nos bañará nuestra común ternura.

Unida imagen.

Una cansada imagen en la espera
que el recuerdo devuelve apasionada.
Tarde de sol común aprisionada
en tu capa de mágica hilandera.
En la bruma de oro—luz de cera—
de mi vida en trincheras enterrada,
la foto de los dos estropeada
tiene fresca salud de primavera.
Los dos ufanos de nítida sonrisa,
sin pausa, ardiendo de inquietud con prisa.
la estrella de los dos seguirá así.
Son las tres menos veinte. En la mañana
mi primavera peinará otra cana
y casi será vieja ya por tí.

El mejor recuerdo de Perico Yela.

En Aragón, parapeto—en el llano—de pechos por España, te dejaste las carnes. Como aquí en el frente vivimos a un millar de kilómetros de todos los calendarios, este recuerdo no pudo hacerse letra al día siguiente de tu clara visita—para siempre—a la estrella que contigo brillará mucho más. Pero tú sabes que el tiempo no importa. Que lo eterno no entiende de los días, de los años ni de los siglos, ni de los abries, ni de los diciembres. Y ahora, cuando te dejaste ahí la piel y las entrañas que ya presentían y hacían el amanecer aquí—en el frente, Perico, en el frente—te vemos camarada de ayer, de hoy, de todas las horas que vendrán. Camarada nuestro que ahora estás con Dios. Camarada nuestro erguido sobre el cielo que José Antonio vió poblado de ángeles con espadas. Camarada nuestro, nueva bandera nuestra para el desfile exacto de las exigencias y las imposiciones.

En las islas ha habido lágrimas como un río que quería desembrar en tu ausencia. Pero esas lágrimas... No, no, Perico de nuestro amor hermano. No, no. Allá en las islas, estas lágrimas verdaderas por tí, las de un camarada orgulloso en su magnífico dolor, las de una mujer digna por española, las de una niña linda de ojos llorosos en enero. Aquí no te hemos llorado, desde luego. Los del frente no lloran, disparan, gritan secos el ¡Presente! del rito y, en corro junto al fuego, hablan de tí... Pero no lloran. Al ejemplo no se llora: se sigue, se le ama; se le mete en el mismo cogollo del corazón. En el nuestro estás tú. Por muchas cosas.

Porque tu camisa el 18 de Julio, tenía ya un olor de pólvora, de desprecios y estaba rasgada de nuestro fanatismo.

Porque el 18 de Julio, con nosotros, tiraste los libros y levantaste en alto el fusil.

Porque, con nosotros, te evadistes de la retaguardia al frente, fugitivos alegres de la intriga, las bilis y otras cosas que huelen tan mal, hacia estas trincheras donde nosotros dividimos las tierras y la misma metafísica de España.

Y en mi corazón tan unido siempre al tuyo estás por otra cosa, también, que caíste bajo los últimos guiones legionarios que fueron mis guiones y que pronto, quizás muy pronto, lo serán otra vez.

Aquí, mientras escribo esta letra duramente emocionada, hablan de tí varios camaradas. El teniente Gutiérrez y los alféreces Tophan, Lobo Molina y Halgado. Los tres últimos no te conocían y hablan de tí, como si hubieran compartido siempre con nosotros aquella lucha por una Patria Nueva, más digna, más humana y más feliz. Saltan sobre la cara y se van al alma. Tú, de la Falange. Todos aquí fanáticos por ella. Y ahora, que ya no estás sobre la tierra, fanáticos, rabiosos y doloridos por tí, Perico Yela, camarada sencillo, estudiante.

Victoria de Gonzalo Armendáriz y Gurrea.

Tenía una guapa novia provinciana
y una madre en el último camino:
la seda de un ensueño cristalino
y un beso de verdad cada mañana.

Un libro de Derecho y, en las manos,
la agilidad de auroras atrapadas,
un parque de rosales y enramadas
y un arroyo cruzando los veranos.

Hizo Dios para el frío altas hogueras
y él se quemó vestido de soldado.
Corrió a las justas bravas, empapado
de aire precoz de avances y trincheras.



Una camisa legionaria y una
virtud serena, manantial de arrojós,
cráteres en las niñas de los ojos
y el pentágono de la nueva Luna.

Veinte años alzados en bandera
vez de sonrisa con la sota de oros
y, respirando sangre por los poros;
los pies con alas y la planta entera.

En paño negro, estrella de seis puntas.
Cadete en la Academia de la hazaña,
cayó por la Falange y por España,
por la madre y la novia siempre juntas.

En el asalto piedras en tus vuelos.
Fué en Balaguer. Medalla Militar.
Y hubo en tu gente unánime cantar,
recio de tus carnes por los suelos.

Bramaba la Legión en la peles,
camisas-velas, viento hacia la muerte.
Y tu cadáver incendió la suerte,
oh, Gonzalo Armendáriz y Gurreal

De la Guerra, nuestros muertos y otras cosas.

Se escribe esta letra en 2 de Mayo, fecha de libertad y de memoria heroíca. Índice también de lucha, con el llanto por los mejores—muertos—y la rabia que vierte desprecio sobre los que nunca fueron a ninguna guerra. Hablemos primero del dolor y la lágrima y quédense para el fin la rabia, el desprecio y la peor promesa.

En destartalada iglesia se dijo ayer una misa por los caídos de la Sexta Bandera del Tercio. Un altar, en el centro, sin ningún brillo de arte y, a los lados, las huellas de dos altares que allí estuvieron. En el presbiterio, sobre su tímulo negro, el guión—nuestras son las armas del gran Duque de Alba—y los cuatro banderines con soles gastados y noches mojadas. El recinto lleno por el huracán legionario. Y, en nuestra compañía, los bravos oficiales, clases y soldados de aquella Batería de La Laguna que ya tiene otro nombre por gracia de la guerra: la Batería de la Legión. Todos juntos—legionarios y artilleros—rezamos por nuestros muertos. El Padre Salazar, capellán de la Sexta Bandera, clavó plática emocionada en nuestras almas. Y, sobre todas sus palabras, aquello que ya sabíamos y él nos recordó: «*vita mutatur, non tollitur*»: «La vida cambia, pero no desaparece». Esto fué todo.

Al salir, siempre juntos, dimos a la hermandad nuestra el unido recuerdo de nuestra guerra, de nuestros muertos y de otras cosas que no son nuestras...

Unido recuerdo: Casa de Campo. Muchas otras posiciones en la lucha común y en la común conquista. Pero—honra última—la Casa de Campo. Allí, se perdió la Batería de la Legión en un mar de sangre, de heroísmo y de muerte. Allí siempre—siempre juntos—la Sexta Bandera murió otra vez.

De nuestra guerra, con desgarrada lógica, pasa el habla a la gloria punzante de nuestros muertos: el Capitán don Gerardo Brotons, al que vi en Talavera todavía con ánimo de buen consejo. Yo era, entonces, un cronista de grandezas y puede que de algunas cosas tontas. Pero él—con la muerte en los ojos ya sin rumbo—me estrechó con dureza las manos y me dijo: «Yo te tuve a mis órdenes el 18 de Julio. Sin libro, sin pluma y con alma española empuñaste un fusil. Cumple siempre como tinerfeño y, sobre todo, como español». Y quise cumplir. Y me alisté al Tercio. Cuando—algo más tarde—me dijeron la muerte del bravo capitán, un fuego de ausencias terribles pensé que me quemaba.

Y hablamos también en la plaza que es corro tan solo, del teniente Ponte, que se reía cuando estaba muriéndose. Y de Ernesto Ascanio, camarada en la primera hora de la Falange, y que hoy goza divina gloria en colmo. Y de Pepín Gómez, que hacía grandes cosas y a ninguna le daba importancia. Y de Félix González, que fué al Sol Eterno a darle a sus ga-

lones de sargento una gala más dorada. Y de Sierra, Vargas, Viera, Leandro y Julio, hombres altos del campo que le ha ganado esta guerra a la ciudad Dios llamó y escogió. Y de nuestro camarada Francisco Mesa Delgado, muerto entre los olivares del Jarama, con el duro romance del arcabuz, la pica y la ballesta, cantando sacrificio en las cumbres altas.

Y hablamos—al fin, la rabia—de los fusiles que esperan manos despiertas. Y de la Patria que quiere sangre joven. Y de los que—¡aún!—no han venido a esta guerra que es santísima y a los que daremos muerte vil de garrote. Y que no se nos hable de los «técnicos» necesarios en la retaguardia. Sabemos quién hace aquí buenas cosas y quién, sin hacer nada, con poder y deber, no viene al frente. En cuanto a esos «técnicos»—por propia definición— ya tenemos el grito preciso: «al hospital o al manicomio o a la cárcel esos «técnicos» que jamás han sabido hacer nada», y ¡Arriba España, la Poesía verdadera, la Muerte y nuestros muertos!

La expresión es brusca, pero le sobra justicia. Con razón damos hoy denuestos (mañana otro gallo cantará), a los que—¡aún!—no han venido a la guerra, pensando en los que vinieron y se fueron para no volver.

Historia de la Sangre Canaria en el Frente de Toledo.

Un día cualquiera en Villanueva de la Cañada, el pueblecito sin gracia y sin culpa, de las casas y las almas sin techo y sin paredes.

Legionarios canarios y artilleros canarios, en la íntima unión del paisaje y en la comunión del estilo guerrero y la idea que mueve, organizábamos nuestras fiestas sencillas con amor y con vino. Y era tanta nuestra alegre vida unida, que a ninguno le estrujaba el corazón esa pálida ausencia lacrimosa que destroza las almas en los tiempos de la normalidad.

Nos llenaba la guerra por España. Y con la guerra rebosaba nuestra unión con estrechez jamás pensada. Y en el pobre recinto de una casa, una

gracia espontánea de «isas» y «folias» devolvía el cuadro a la pared, el Cristo a la cabecera de la cama, la cama a la habitación; el niño a la natural risa; la cabal alegría a una presencia por nosotros forjada. Y cuando no en la casa, en la tierra del campo.

Hasta en la sombra que al suelo dan los olivos corrían vino y canto por caminos sin términos. Hasta en la sombra que al suelo dan los olivos, los olivos que han perdido en esta guerra su antigua entraña simbólica de paz... Divertido el ánimo, concurrida la tasca, el pueblecito, con la boca abierta ante la vida que de nuevo, y como nunca, se le echaba encima con un peso de buen vivir. Y en nuestras reuniones (que nunca volverán, porque la muerte privó a algunos de los nuestros del retorno) abundaba el alcohol que en la guerra siempre es bueno, la amistad sin doblez y, tal vez, la crítica cuando hacíamos nuestra mirada trasatlántica...



Acabó el jolgorio y vino orden de un más arduo frente, el más duro de todos: el frente de Toledo. Y la Sexta Bandera del Tercio (que está harta de morir y de resucitar), fué al frente toledano dándole a la noche ciega luminosas canciones estelares. Y allí, (aquí, en el suelo, que es cielo de nuestro imperio), ganaron estrellas supremas nuestros camaradas canarios Tomás Casañas y González de Chaves, Pascual Armengol Pallás, Juan Betancort Socorro y Miguel Durán. Historia de la sangre canaria en el frente de Toledo. Historia breve de horas, ancha y profunda, de recuerdo y de honor.

Los cuatro murieron con el alma blanca muriéndose en los ojos de vidrio. Cayeron con ánimo de viejos falangistas, sin miedo y sin tacha. Con ánimo de legionarios que le dan al combate transferencias de leyendas prístinas de exaltado valor. Una lágrima humana y nuestra dió más frío al frío de su cuerpo. Pero fué una sola. Y todos hicimos el mismo juramento ante sus cuerpos yertos, sin palabra y sin convenio anterior.

Al día siguiente, dimos tierra a sus cuerpos en Toledo y por ellos dijimos preces al Señor de la Vida y de la Muerte.

Al salir del cementerio no íbamos llorosos y cabizbajos, como dicen que se va en estos casos. Pepe Casañas, Pepe Betancort y yo salíamos de allí co-

gidos del brazo, pensando en la humana venganza y en el triunfo que lleva siempre color y olor de sangre joven.



Hemos vuelto a Villanueva de la Cañada. Tristeza en los rostros amigos, alguna lágrima de imposible evasión y (fuera de secos módulos burgueses), las sentidas conmiseraciones.

En la misa que por el descanso de los héroes tinerfeños mandó rezar la primera Batería de La Laguna, comulgamos todos con intención de eterna salud por nuestros muertos.

Ya no es el mismo el pueblo. Falta en el viento el cantar de tránsito y en la taberna el vaso de buen vino. ¿Cambió el ambiente? ¿Cambiamos nosotros? ¿Quién sabe...! Nos pesa mucho el dolor de nuestros camaradas que han logrado la difícil gloria del cielo vertical que para los suyos quería José Antonio. Pero, como sea, al salir de la parroquia pobre, todos, todos, legionarios y artilleros canarios, lanzamos al aire macizo de este tiempo nuestros gritos cabales que no cambian: ¡Viva la Muerte! y ¡Arriba España!

Teoría de la conquista de Bilbao.

Desde esta orilla umbrosa del Segre—higueras bravas, cerezos y nogales, murmullos de aguas lentas, paz de horas que parece hermética—yo quiero hacer una historia de la toma de Bilbao. No falta para ello ni el necesario recogimiento del ánimo, ni el ágil y entrenado deseo, ni el vaso de buen vino.

Pero será una historia par de aquellas de Berceo en lo fantástica, pues que yo no estuve en la dominación y victoria de la Ciudad Invicta. Y os aseguro que, con ser ella fruto de mi imaginación y fantasía, no será menos verdadera y fiel. Habrá mucho error en los detalles, en el pormenor, en el perfil. Mas será entera de fidelidad en la cara de frente con los dos ojos, en el signo y motivo. Yo no estuve allí. El 19 de Junio de 1937, era un cadete en la Academia augusta de las supremas y docentes piedras toledanas.

Terminábamos el curso de Alféreces provisionales de la «Promoción del Alcázar» y España entraba en Bilbao. Mola—muerto entre pinachos—entraba en Bilbao. Y Tercios y Banderas daban jaque a Aguirre, rey de circunstancias desgraciadas y no natural por señorío propio.

Aquella noche, fanal de estrellas lúcidas en el cielo imperial de Toledo, en el Hospital de Talavera, los codos en la ventana que da a la Vega florida de suaves leyendas y delgados decires, apunté en un cuaderno de notas esta historia fantástica de la conquista de Bilbao.

Hay allí, sobre montes y esmaltando laderas, toda la figura varia y una del Ejército de España. Los Novios de la Muerte: aquel capitán menudo y joven que rota bruma y lejanía en azules, rubio como su hermano Lohengrin, que no lleva pistola y calza alpargatas blancas; el cuatrero de los Campos de Huelva hecho caballero legionario porque ha jurado un credo que redime; este cabo que lleva en el bolsillo derecho, tres barras de oro, en la manga izquierda cinco breves galones y en la cara una larga cicatriz y dos patillas como dos cuchilladas.

Las gentes morenas del Desierto: Veinte Alféreces provisionales con chichia y bajo mil chilabas un Imperio como un recién nacido de mil padres legítimos.

La muchachada alegre que oyó y escuchó la voz pura, atormentada de José Antonio, con yugos y flechas, camisas artesanas y canciones de amor, de pelea y de ausencia.

El Requeté ilustre de la España de Cristo que no quiere traición en sus lindes: El abuelo, soldado y el hijo cabo y el nieto, Alférez provisional.

Todos responden en alta voz que son los voluntarios de la Historia de España. Y en la montaña, dicen cantares que saben a viejos árboles de gruesos troncos, a guerrilla heroica, a vigilia avizorante una encina copuda, que es una garita.

Y, capitanes de todos los muertos.

Estos con uniforme: llevan con definitiva gracia y orgullo sobrenatural la túnica arcangélica y, en sus manos de aire breve y luna llena banderas, estandartes y guiones llaman a convento de valentía y denuedo. Y, delante, la tierra prometida.

Se descuelga el alud. Nunca un viento tan fuerte y enérgico llenó valles y escaló alturas. Todos tienen el rostro de vanguardia. Uno pierde el

brazo. Otro se queda sin una pierna. El mejor se cife para siempre al suelo, con sal y pimienta en los labios que ya casi gustaban la miel cercana.

Pero hay una decisiva voluntad de vencer. Sigue el avance, caballero con brillante escolta de sangres mozas, obuses y ráfagas. ¡No más sitio a la Ciudad de los Sitios! ¡Avance abierto como un río cristalino sobre el páramo!

¡¡Bilbao por España!! Y entonces, Mola, Señor del Norte, sale a las puertas de la ciudad y con sencillez encantadora, dice:

—Entrad, entrad, mi casa es también vuestra. ¿Me creísteis muerto en Coceros? Pues mirad: aquí estaba yo transido de esperanza. Y habéis sido como yo deseaba: bravos, nobles y perdonadores.

Cuando aquí entró mi sombra triunfadora, Dios puso gritos de hierro en los Altos Hornos y velas blancas en las embarcaciones de la ría. Yo sonreí porque a los hombres nos agrada que Dios nos deje vencer. Y me llené de gozos interiores y de palmas, cuando allá lejos contemplé sin prismáticos—los inmortales poseemos ojos de infinito alcance—la huída entre dicterios, polvo y vergüenzas de los que no supieron el arte de saber morir: Aguirre se marchaba sin decirle adiós a sus gudarís muertos en error de cielo y de tierra; Prieto reía su ardid en Barcelona, añorando la maquinaria de «El Liberal» y el naviero soberbio y criminal bebe cocktails estúpidos en Biarritz, con millones y millones de glóbulos rojos por guindillas.

Esto dijo el General y se fué por dónde había venido. Tras él, un cortejo de gloriosos caídos que nos legaban generosamente su victoria.

Bilbao, mesonera de Somorrostro, dan ahora a nuestros alegres soldados «los primeros besos a través del velo», que hubiese repetido esta vez el finísimo Coppee.



Esta es la cuartilla que yo escribí una noche de Junio en Toledo, mirando al Alcázar.

Después he pensado que tal vez Mola hiciera suyas al morir estas palabras del genial y maligno filósofo: «...La creación vive, la criatura no, sólo el creador. Nada vive más que el hecho de las manos honradas y la obra del verdadero espíritu».

Mola ha muerto. Pero Bilbao—creación española de su genio militar—vive. Y nada importa que Mola se haya ido si hoy Bilbao canta en son de romerías, fábricas y boinas aquel afán que el General sentía por la fiesta grande de la Patria, que le debe mucho su libertad.

Glosa Cálida a la muerte de Matías Montero.

Por tu muerte vital, canto primero
de nuestro filial cantar de gesta,
yo alzo el calor de mi genial protesta,
ascua viva—¡y eterna!—en mi brasero.

Tu asesino sin gloria, mudo, artero,
—miedo y espalda, gallo sin cresta—
te llevó de las manos a la fiesta
del único Cielo Verdadero.

¡Oh, la gracia, bandera de tu cara,
con que dijiste: sí, a la muerte clara
por un rito de amor núbil, certero!

Cuando tú resucites, camarada,
¡qué alegre unión—martillo, pluma, espada—
por nuestra fe común, Matías Montero!

1-1-38.

Y era un gozo de amor: un año nuevo
en guerra y en cantar y en alborada,
la novia presentida y conquistada
al borde de la guardia sin relevo.

—Sobre el halda un amor de letras llevo
y una lluvia en mis labios descansada,
y con las manos frías de nevada
un fiel calor de abrazos largos nuevo—.

Cantaba alegre su esperanza fina
la novia que hace un año era madrina.
Rezaba por los días a la suerte.

Y al fin, llegó a sus labios la respuesta:
un beso, que encontró la mesa puesta,
de aquel soldado que mató a la muerte.

Romance de niños y de viudas.

Cántico infame.

Y van cantando los niños,
—no queremos tener Dios.—
Pañuelito rojo al cuello,
con el martillo y la hoz
y un puño que aprieta el alma
exprimiéndole el amor.

Y van cantando los niños
con árbol seco en la voz
llevando en las banderitas
clavado su corazón.
Después, sobre el campo verde
dándole vergüenza al sol,
rojo color que se ahoga
en un inmundo apretón,
y un alma azul que se queda
sin la luz de su claror.
Y el niño que se adelanta
y el cigarrillo precoz
y los gritos: —Viva Rusia—,
perfume que huye a la flor.

Y van cantando los niños
de la infancia en baja voz,
y muere la primavera,
escándalo y evasión,
y anuda al cuello la soga:
—No queremos tener Dios—.
Al frente, la maestrilla,
—esqueleto en esplendor—.
Alza el acento del himno
perjuro y antiespañol.
Y hay una lágrima extensa
que es universal temor,
y una gran pérdida joven
y un mercado de carbón
y un peso de lluvia al alma
y alud de plomos al sol.

Y van cantando los niños:
—No queremos tener Dios—,

y el tranvía no se para,
y el auto sigue veloz,
y la alegría burguesa
no la hiende este punzón.
Ellos a Dios no lo tienen,
pero a ellos los tiene Dios.

Lluvia por mi vez cautiva.

Tú aprehendistes mi vez, cuando yo era
inquilino de ojos en tu frente.
Roturaste la tierra de mi vida
con el arado fácil
e imposible de siempre.

—¡Ay, mi vez aprehendida
siempre para no siempre!—

Tú robastes las flores somnolientas
al llanto virgen del jardín imberbe.
Tú, con las manos llenas de vacío,
frustraste de mi sed la espera alegre.

Tú me diste el carcaj. Las blancas flechas
clavan primor en tu ciudad de nieve,
sólo me queda el dardo:
La muerte infiel de la esperanza tenue.

—¡Ay, mi vez malherida
vino y pan de la muerte!—

Niña, mal de mujer, villa de estío...
Niña, piedra sin mar y mar sin peces...
Niña, estrofa sin pétalos de luna
que, por su ausencia y su derrota, vence:

Tú fulste. Tú. Tú fulste.
Tú eres. Tú. Tú eres.

—¡Ay, luna ahorcada de los altos pechos,
que agua de aroma azul al mundo vierten:
la fuga de tu lengua es la verdad
más entera que tienes!—

Mi interior siente amor de parto lúgubre...
Vacila, al caminar, un Miserere...
Se ha roto el arpa de las nubes de oro...
Hay en tu boca un gran clavel solemne...
Y grita—¡al fin!—su libertad maldita
una lágrima pura, blanca y breve.
¡Adios! ¡Adios!

Se tiznan los pañuelos
sobre la cara negra de los trenes.
Cuatro ojos... Dos... Ninguno. Soledades
de mi vez que se encuentra y que se pierde.

Tú siempre fuiste nunca,
Tú nunca fuiste siempre.

Cruz Mayera de un amor que no se.

¡Ay!, si tú vieras, Marina,
cómo arreglo yo la Cruz
encima del hombro, encima...

Le pongo rosas azules
de las verdades nacidas,
clavel de fuegos pimpantes
y limpias aguas corridas,
abajo las aguas claras,
espejo de danzarinas.

¡Ay!, si tú vieras, Marina,
qué mañanitas más blancas
y qué tardes cristalinas,
arrolladas como cintas
en la cruz primaveral
toda amor y florecida.
Y yo sé «sin novedad»
en una lista exclusiva.

Y el fusil está caliente,
y el alma rompe de piras,
y las bombas a los pies
de esa cruz—gatas dormidas—.
Una extraña cruz de letras
como ágiles bailarinas
y tú conmigo en la fê,
la sola fê de la cita
de tu carta con mi estrella,
farol de una sola esquina.

No sé tu mundo, ni sé
ventanas de tu sonrisa,
ni luces negras o rubias,
ni cantar tuyo sabría.

Pero sé la cruz mayera
vestida de letras finas,
la cruz que no pesa al hombre
porque es una cruz de arriba.
Si tú me vieras, Marina,
cómo le pongo los lirios
de nieve casi infinita,
cómo hago la cruz tan blanca
como una intacta infantina
que tuviera brazos largos
de blanca seda evadida.

Cómo se abre por el alba
la cruz de las manos finas
y toda se llena toda,
de una flor no conocida.
Cómo vestidas de blanco
le cantan las puras niñas,
anillos para las bodas
que vuelan la cruz arriba.
Cómo se va así la guardia,
firme el alma y no rendida.

¡Ay!, si tú vieras, Marina,
que espero verte en la cruz
con los brazos, dos orillas.
Que espero verte en la cruz
y en la cruz verte a ti misma.

Y arriba el ojo despierto,
canción de las mañanitas,
y cielos camisas azules
se cuelgan de su vigilia.

Y ¡ay!, si me vieras, Marina,
queriendo verte en la cruz,
en la cruz que quiero mía.

Cantata del Triunfo.

Y las mangas al codo
y el cuerpo claro por ilustre lodo
brindará orgullo el Arma del avance:
¡la de la muerte en el cuchillo rojo!
¡la que se ríe en el torero trance!
¡la que ve más cuando le falta un ojo!

¡la del asalto macho al parapeto!
¡la del ardid, la sangre y la emboscada!
¡la que escupe, en el fin, gritos de reto
y explota el corazón en la granada!

Los Novios de la Muerte, única gala
del arcabuz, la pica y la ballesta,
los pies que marchan al compás de un ala
y la gracia del gorro galonado,
y la altivez del triunfo en dura apuesta,
y el bello tórax amplio encaramado,
y un alto corazón, como una cresta,
y un fusil, camarada atormentado.

Mehal-la. Tiradores. Regulares.
Moreno sol seguro de fresca.
Regreso del Imperio de cantares
que, otro tiempo, dijeron buenas bocas.
Clave del arco azul de la aventura
del tã, la media luna y de las rocas.

Olor de José Antonio, como yugo
de la aljaba de flechas aceradas,
traen luz de su faz los falangistas
y una rabia que agrieta las miradas
por los nombres sin huesos en las listas,
dolor de los mejores camaradas.
Y un ademán, conquista de alegría
de los modos intrépidos de ser,
trae un vuelo de Paz sobre la Guerra
y moja el seco mapa de la tierra
el dulce río del Amanecer.

Batallones de España y de sus ritos.
Copla, sangre y sonrisa. Soldaditos.

Cazadores... El pájaro... Toledo...
¡Castilla toda grano!
Partida de los riesgos y el denuedo
ganada, cruz de muerte, *mano a mano*.

Requeté de Navarra, antigua cuna.
De nuestra geografía alto relieve.
Amor y guerra, boina, canto y luna,
trepar picachos y abrazar la nieve.

La mano en el cañón, los artilleros
traerán hierros con impetu caliente.
Con ruidos altaneros
pasarán los tractores.
Y habrá un clamor luciente
de bravos luchadores,
álgebra y fe, las venas de la frente.

¡Oh, los carros de asalto bautizados
por la «Laffytte» y por la gasolina
puestos en paz de España, conquistados,
haciéndole culebras a la muerte!
Esos tanques pesados
tienen precio de cruz sobre la suerte...

¡La mano abierta para los que hicieron
caminos, vías, puentes.
los que en el corte duro de los frentes
la real esperanza construyeron!

Y a los que pan nos dieron y buen vino
para andar el camino.

Y a los hombres de vendas y camillas,
los camaradas de las cruces rojas

que prendieron consuelo y maravillas
y volvieron al tronco tantas hojas...
Y, alrededor del triunfo, un signo de alas:
rumbo de cazas y de trimotores
y un cantar libre, enérgico y resuelto
de hélices de aire breve de motores
y un cielo nuevo, auténtico y esbelto,
circuito para nuestros aviadores.

Y una mano total de niños puros
que ríen a los serios coroneles,
y un cartel de promesa, en blancos muros,
de novias y donceles.

Una gloria de luces desbordantes
batirá un alba por los anchos vientos.
Habrá espigas y pétalos. Y cientos
de banderas de barro.

El carro
de los muertos triunfantes
será todo de estrellas
y estallará un cantar de ruedas ágiles
que limpiarán las huellas
de los que fueron antes.

Todo será Victoria por la liza
de José Antonio Primo de Rivera.
Franco abrirá a las gentes su sonrisa.
Y la tierra que el pueblo ardiente pisa
reventará una Gloria en Primavera.

¡Presente!

Juventudes que marcháis
conforme a gloria e Imperio:
tended mucho más las alas
y apretad más alto el vuelo,
que llegan las hordas rojas
dejando sin fícer los suelos,
y es preciso que se escuche
de vuestro andar el estrépito.
Ese andar uniformado
que dá gozo y mete miedo.
Al grito de ¡Arriba Español
aceptad todos los retos,
empuñad bien las pistolas
y disparad pronto y cierto.
Saber morir y matar
es nuestro programa entero.
Y contra los españoles
sólo por conocimiento,
que rompen la unidad patria
y aceptan extraños sueldos,
contar las zarzas de España,
¡estudiantes, jornaleros,
militares, campesinos,
hombres ahitos y hambrientos,
intelectuales de España,

patronos, curas y obreros:
dadle calor a la sangre
y abrid la línea de fuego!
¡Juventudes! ¡Juventudes!
España está oliendo a muerto.
No asistiremos nosotros
a su entierro.
Más bien del lecho de muerte
su vida levantaremos
y pondremos su bandera
sobre el aire, a campo abierto.
Y aunque llovieran las balas,
y aunque quemaran los vientos,
¡soldados, fieros soldados
del Imperio:
Habladle de tú a la muerte,
tened el gulón enhiesto!
Que España está agonizando,
que España se está muriendo,
y nosotros, camaradas,
no queremos ver su entierro.
Queremos un mar sin olas
y un magnífico silencio,
y una unión de hierro y bronce
entre los hijos enteros.
Pero España vivirá,
Falange se juega el resto.
Y haremos salir el sol
de la tumba de los muertos.

Y haremos sobre la gloria
la señal del brazo tenso.
Y España será otra vez
campana del Universo.
Por la Patria. Por el Pan.
Por las almas. Por los cuerpos.
Jóvenes duros: ¡Presente!
Por los vivos. Por los muertos.



POESÍA DE LA LEGIÓN

LETRA PRIMERA

El verbo de esta poesía se hizo carne por dos tiempos: en el Hospital de San José, de Burgos, —venciendo la pegajosa indolencia que es cercana al Arlanza— y en una trinchera de El Plantío, en el frente de Madrid, triunfando sobre el descanso dulce, después de la guardia y el combate.

Yo les he querido dar gusto y olor de pólvora. Dios les dió bendición con un dedo mojado en sangre.

La Legión me dió la poesía. Muy poco me parece ofrecerle la gracia del verso. Pero esto es algo.

Romance del Arcabuz, la Pica y la Ballesta.

Por el aire torcido de los vientos
que sembraron de llano la montaña
se fué, en llanto, la bella coyuntura
de conquistar el cielo con la espada.
El cielo no era cielo y en la tierra
se quebraron, ¡ay, Dios! todas las lanzas

y un círculo de grises conjeturas
cifó con hierro de dolor a España.
Se perdió la alegría de la guerra
en una paz sin César, holgazana,
los versos ateridos, sin el labio
que apretara las ganas y la gracia,
el tiempo soportó, conforme y frío,
la injuria del orin en las espadas.
Y a la cara, un pájaro de rosa
de la España que en muerte y vida canta,
le salieron verrugas purulentas,
hubo una fealdad desesperada,
se alzó una voz genial de labios jóvenes,
aire de fuego, el grito de las armas
y el arcabuz, la pica y la ballesta
hechas cañón, fusiles y granadas,
nos dieron otra vez Tercios de Flandes
que conquistan el cielo con la espada.
El cuerpo abierto en ágil geometría
—la guerra alegre cual alegre danza—
no quiere las ferradas armaduras
y, en amistad, le da su hierro al alma.
Con el fusil en cruz sobre los aires
que llenan la camisa legionaria,
el nuevo Tercio—como aquel de Flandes—
a los cielos se sube con la espada.
El arcabuz, la pica y la ballesta
son magisterio en las hombreras altas.
Como ayer, fabricamos el Imperio,
designio de la Reina Castellana,
con la tierra absoluta, parda y toda
con el sol absoluto y todo de Africa.
Como en el tiempo de la gloria ilustre
se hace la guerra en alegría intacta,
y se juega la vida en el deporte

que cruza de la Muerte en la esperanza.
El arcabuz, la pica y la ballesta
gozan la nueva gloria justa y amplia.
El noble Caballero legionario
—nobleza de la sangre derramada—
sobre el Amor, la Muerte y el Pecado
mil victorias azules logra y calla
y se le rompe el cielo en su cabeza
quebrando su vivir de porcelana,
sonríe, por fortunas elegido
y conquista los cielos con la espada.

El arcabuz, la pica y la ballesta
hoy—mejor tiempo—traen sol de África.
El arcabuz, la pica y la ballesta
han muerto por la vida fiel de España.

Genio de Millán-Ástray.

Con un brazo y un ojo sembrados en el suelo
florecido en bravura, en dureza y coraje:
se rompe su figura sobre el total paisaje
y la tierra que pisa revienta azul de cielo.
Suelta la crin del alma como un caballo en celo,
amarra el duro gesto cabe su correaje
y hay una primavera sobre su oscuro traje
y alberga fuego insigne su continente en hielo.
El cantó, antes que todos, nuestro extraño salterio:
—Legionarios: la vida nace en el cementerio.
Dominar el azar y vencer a la suerte.
Porque sabe tu lágrima vigorosa de hermano
siempre rió la Patria encima de tu mano
porque siempre gritaste así: ¡Viva la Muerte!

Crónica de dos Canciones.

Y allí, frente al Alcázar, duro coro
de gargantas con pólvora gastadas,
levantó las ardientes barricadas
de la Canción que embiste como el toro.

Allí triunfó el Cantar de agua y de oro
que tantas noches tiene conquistadas,
y eran las dos Canciones abrazadas
un único cantar bravo y sonoro.

La robusta Canción del Legionario
y la entera Canción del campanario,
que es la Falange sobre nuestra tierra,
fueron amor de piedra ensangrentada,
y aquella firme gloria no acabada
parió las dos Canciones de la Guerra.

Romance del Legionario, de la novia y de la ausencia.

—Cartero: ¿Traes la carta?

—Hoy no vino, compañero.

Por lo demás, ha llegado
tarde y escaso el correo.

Y no eches todo al apuro
que la cosa no es para eso.

Yo sé que duele la ausencia
y pesa mucho el recuerdo,
pero la vida es así:
hambre al hombre y carne al perro.
Y no eches todo al apuro
que la cosa no es para eso.
Voy con mi oficio, muchacho.
—Hasta luego, compañero.
Y no llegaba la letra
con la voz de los recuerdos,
y la novia era un rencor
y una rabia y un despecho.

La compañía desfila
y el camino se va abriendo,
el cartero ríe a todos
negras ausencias rompiendo.
Y una paz delgada viene
del sobre en el dulce encierro.
—Cartero: ¿traes la carta?
—Hoy tampoco, compañero.

Y donde la compañía
van triunfo y muerte creciendo.
Va y viene la ola de pólvora
—marejada del Mar Muerto—.

—Cartero: ¿traes la carta?
—Hola, aquí está, compañero.
Y la hoja escrita llegó
cuando se estaba muriendo.

Y la novia le llegó
en el instante más negro.

Y el amor entró con rabla
en el corazón ya hueco.

La novia le escribió el cántico
que el dijo para su entierro.

Y el legionario y la ausencia
alegremente se fueron.

Al Capitán Prada.

Por los soles clarísimos insertos en su espada
por el humo que tiembla dentro de su pistola,
por el fragor insigne de su voz—sal y ola—,
por la victoria nueva ceñida y atrapada.

Por su sangre en las tierras heroicas plantada,
por su virtud de hierro que se levanta sola,
por su arresto africano, por su sangre española

El vive de los trances toreros de la Muerte,
la 21 lanza: ¡Hurra!, ¡Hurra!, al Capitán Prada,
no se puede contar su número en la suerte
y ha jurado a las armas amargo y duro afán.

Si cae alguna vez, caerá para arriba.
Y esta es la eterna historia sacramental y viva
de un novlo de la Muerte, joven y capitán.

Asalto.

Se clava la bayoneta
en la carne de los miedos,
y en una tensión de líneas
se matan todos los cuerpos
Brotan un jardín de cuchillos
encima del parapeto,
y se abre en la noche el rayo
de trompetas en desvelo.
—está la Muerte cantando
en el duro, breve trecho,
pero el cuchillo clavóse
en la carne de los miedos—.
Corren todos y se saben
con el destino resuelto.

Unos perdieron el alma,
otros perdieron el cuerpo.

Pero el que plantó banderas
y vió guiones deshechos,
siempre está alegre y unido
con los camaradas muertos.

El legionario sabía
su destino ya resuelto
y el combate, como todos,
fué alma a alma y cuerpo a cuerpo.
—Canta y brilla la trompeta
certezas y desconsuelos.
Y derrama voces de oro
en la boca de los muertos.

Hay un temblor de almas libres
que le dan calor al viento.
—El que cayó por España
se subió él mismo a los cielos...

—Muchacho: un trago de vino
que dá fé y le huyen los miedos.
Que tengo el alma caliente
y en el cuerpo tengo hielo.

Pero toma mi capote
y dale flor a aquel muerto,
que el rocío hará más frío
el gran frío de su cuerpo.
—Muchacho: un trago de vino
que trae líquido el cielo.

Trinchera.

Juegan guiños de agua oscura
el morral y la careta
y el pantalón se deshoja
hecho entraña de la tierra.
Vino y coñac. Aguardiente.
Cien manos y una botella,
Y en el corro la guitarra
juega a la gallina ciega.
Las cartas de amor y suerte
rompen cáscaras de almendra,
y hay uno que se levanta
y otro que viene y se queda.
Gime el hambre echada al suelo
en la lata de conservas,

y el pan clama su blancura
porque todos lo merezcan.
Pero descansa el fusil
siempre mirando hacia fuera,
y vuelve el verso de siempre
y las almas siguen frescas.
Y vuelven los aeroplanos
de copias de blanca cera,
—y en el corro, la guitarra
juega a la gallina ciega,
y cartas de amor y suerte
dan dineros y alma en prenda.—

Descanso inquieto. Vigilia
de la baraja y la juerga.
Rato al amor que se siente
aunque allí nunca se vea.
Sol y lluvia. Viento y hielo.
Vino y baraja. Trinchera.

Canción del alto caballero

Don Juan Yague.

Alto caballero Yagüe
sin diablo sobre la mar,
sólo dices tu canción
a aquél que contigo va.
Y quien la quiso aprender
se fué a la guerra a luchar
por la Patria y la Justicia,
por el Verso y por el Pan.

Ni saben deuda contigo
ni saben lo que has de dar,
mas tú vas sobre la fiesta
que ha de venir por tu afán,
y entonces sabrás la deuda
y lo que tú les darás.

—Gorro apretado en la mano
y una oración militar
y una voz: ¡Arriba Española!
¡Viva la Muerte! (Detrás
los que no saben la deuda
ni lo que tú les darás)—.

Pero tú, si apareciera
un diablo sobre la mar,
Alto Caballero Yagüe:
Dí a tu Legión: «Allá vá»,
que nosotros cantaremos
con la voz primaveral,
la canción que sólo dices
a aquél que contigo vá.

Romance del vino que se derramó.

(El legionario se emborracha y al morir, viendo la sangre, exclama: «Se me derramó el vino.»)

Y el legionario de las barbas
de humo de noche y de tizón,
de las patillas como un arco
de bandolero encantador,
del ojo claro y de la boca
que a nadie dice sí ni no,

y del que dicen buenas gentes
que tiene gesto superior,
en el holgorio conquistado
con tanto vino se embriagó.
Y decía cosas, disparates,
y daba a todos risa y ron
y cantaba una cancioncilla
con una gala y un primor,
que hacía más húmeda su boca
y hacía más verde la intención.
¡Oh, el vino tinto qué bien era
fuego en la sangre y en la voz!
Porque después al comandante
parte de avance le llegó,
y el legionario de las barbas,
pelo salvaje y sin limón,
dejó el buen vino derramado
sobre la juerga casi en flor
y, en la tabla de la pelea,
fué doble seis del dominó.
Con un racimo de claveles
dentro la carne y vencedor,
con un cigarro atado al labio
sin vino tinto y sin la voz
dominadora, el legionario
casa de sangre y muerte vió.
Y al preguntarle si la herida
fué de fusil o de cañón,
el legionario, con la risa,
a la que nunca abandonó,
dijo muy serio: «Nada de eso.
Mi caso es otro, buen doctor.
En una fiesta a sol o a sombra,
vino de sobra me mojó.»

Y el legionario con su risa,
con ojo abierto el buen doctor,
y la enfermera que creía
con esperanza en la Legión.

Ultima voz.

Fué por abril. Una serena lluvia
hacia hoyitos bellos en la acera
de su casa. Y un viento que era gubia
cortaba luz a la claridad rubia
y robaba los trigos de su era.
El bello son del aire con las balas
le encendía penúltimos colores,
y su pasión guerrera ya sin alas
todavía estrujaba las escalas
del himno de los altos luchadores.

Sin fé en su vida, echado en la camilla,
una copla redonda hacía de llanto
y el cigarro en la boca era la astilla
que alumbraba los chistes en la orilla
del legionario pecador y santo.
Un color diluido en el semblante
hecho de lirios pálidos y breves,
escribía la rúbrica brillante:
el frío de los muertos y delante
definitivas y crueles nieves.
Nieve en abril, sobre la Primavera.
Nieves en abril con lluvia, flor y soles.
La última voz del legionario era:
—Que corra vino y cante cuando muera,
sin quejas y sin lágrima y con oles.

La música que era de hierro.

Con el violín sobre la espalda,
el legionario iba derecho
hacia la música cercana
que le sonaba a sal y a hierro.
En el camino se paraba
y el gozo hacía de su cuerpo
como un capullo tembloroso
al que alegraba agua del cielo.
Y aquel violín en las espaldas
se lo traía sobre el pecho
y eran dos músicas cercanas:
una de flor y otra de hierro.
Aquel violín quería encontrar
la dura música de hierro,
que siempre era más cercana,
más sobre el alma y sobre el pecho.
Y el legionario caminaba
poniendo pasos en su puesto,
porque él también quería encontrar
aquella música de hierro,
que deshojaba el aire virgen
y le sacaba sangre al cuerpo.
¡Qué bien sonaba aquella música
que tenía un ala azul de acero,
y sólo daba a los oídos
un extraño, roto concierto!
Con aquel ala que tenía
—ala de espíritu hacia dentro—
hacia la música en la marcha
un giro rígido y completo.

Y caminaba el legionario
fijos los pies en aquel vuelo,
y se reía el oficial
y se reía el compañero.

Puso el violín sobre la espalda,
con el rencor del falso encuentro,
echó en su boca, en vez de azúcar,
aceite impuro y cal de huesos.
Y se reía el oficial
y se reía el compañero.
Pero entonces, sonó la música
que tenía un ala azul de acero,
y al legionario del violín
le sacó la sangre del cuerpo.
Y no reía el oficial
y no reía el compañero:
Y aquel violín, mohino y solo,
lloraba astillas en el suelo.

